AMALIA

LUIS VILLANUEVA Y CAÑEDO
1844

AMALIA

LUIS VILLANUEVA Y CAÑEDO
1844

Edición y Notas: F. J. P. G.
Depósito Legal: BA-000171-2016
Imprime: Imprenta Rayego. s.l.

PRESENTACIÓN

Demandado lleva tiempo un estudio integral de la vida y obra de D. Luis Villanueva y Cañedo. Nuestro paisano José Ignacio Rodríguez Hermosell ya se aventuró bastante en la introducción del trabajo "Elementos de Historia Universal", en la Colección "Altozano", así como Antonio E. Torrado Viseo también aporto nutrida documentación en el cuadernillo anexo a la reedición del "Hernando de Soto" de Villanueva.

La obra de Villanueva, como estudioso de nuestra historia, su interés por el patrimonio artístico de esta tierra y su inigualable capacidad como bibliógrafo, ha dejado tal vez algo postergada su faceta creativa. Esta novela, que ahora tenemos el gusto de dar a conocer, y, según su familia, casi en primicia, pretende aportar algo de luz a ese desconocimiento general de su obra literaria.

No es baladí el momento de su publicación. Celebramos este año, 2016, el ciento cincuenta aniversario de la inauguración de la estatua que preside la Plaza de España de Barcarrota, alzada en honor del descubridor Hernando de Soto. Pues bien, cuando fallece D. Luis Villanueva y Cañedo, no son pocas las reseñas y obituarios que, entre un amplio resumen de su extensa labor, lo destacan como inspirador de la instalación de dicho monumento[1].

Ahora, 172 años después de la aparición, por entregas, de "Amalia", le ofrecemos, por primera vez en conjunto, la historia de su desgraciada protagonista, como homenaje a D. Luis Villanueva y Cañedo, el que tantos beneficios, como dicen las crónicas, aquí, en Barcarrota, dejó.

Alfonso C. Macías Gata

---

[1] Revista de Extremadura. Ciencia y Arte. (1/2/1902). "(...) Barcarrota, donde ha encontrado su sepultura, le recordará siempre con la estatua de Hernando de Soto levantada por un iniciativa y los muchos beneficios que allí deja."

BREVE NOTA CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE LA OBRA "AMALIA", ESCRITA POR MI TATARABUELO LUIS VILLANUEVA Y CAÑEDO

Parecería absurdo pensar que, debido al transcurso del tiempo entre mi tatarabuelo Luís y yo, no existe cercanía. Y esto no es cierto. Curiosamente me siento muy cerca de él.

Desde niña ha sido de esta manera, de forma que, es como una persona muy cercana a mí, a pesar de la no coincidencia de nuestro tiempo vital. Siempre lo admiré.

Para mí, es todo un personaje, desde todos los ámbitos de su vida.

Y sigue siendo un desconocido, muestra de ello es la obra que hoy se presenta, de la cual, sus descendientes no teníamos idea.

Para mí mi tatarabuelo es un hombre del Renacimiento por la amplitud de su actividad artística, espiritual y profesional.

Por su calidad como ser humano y por su bondad.

Fue un hombre afanado en su época y además era un hombre moderno.

Quiero agradecer al Alcalde y corporación de mi querida Barcarrota, esta oportunidad de dar a la luz este trabajo.

Esta edición ha sido cofinanciada por el Ayuntamiento y por los herederos de D Luís.

Esto es un paso más en lo que debe ser una colaboración que nos permita ir más allá, para conocer la figura de Luís Villanueva y para que las generaciones presentes y futuras conozcan a personas como él y como tantos otros.

Ciudadanos que no deben ser olvidados, pues conforman la base de nuestra esencia como sociedad y como grandes extremeños que fueron.

Mª de la Visitación Muñoz Rodríguez y Villanueva

En nombre de:

Su biznieta

-Carmen Muñoz Villanueva

Sus tataranietos

-Carmen, Dolores, Visitación, Ana, Felisa, Juan y María del Soterraño Muñoz Rodríguez y Villanueva.

-Francisco, Juan, Teresa, Mª de la Visitación, Nuria, Ana, José y Carmen Lozano Muñoz Vicente y Villanueva.

-María José, Guadalupe, María del Soterraño, Dolores, Luís, Ramón, Juan y Marta Muñoz Bigeriego y Villanueva.

-Hijos de Juan Martín de Saavedra Villanueva.

Abril 2016

NOTAS A LA EDICIÓN

La "Amalia", de Luís Villanueva y Cañedo, apareció, por entregas, en el "Semanario Pintoresco Español", revista publicada en Madrid entre los años 1836 y 1857 y fundada por el cronista perpetuo de Madrid, don Ramón de Mesoneros Romanos. Concretamente, la historia de la joven huérfana, fue ofreciéndose al público los días 12, 19, 26 de mayo, 2, 9, 23, 30 de junio, 14, 21 de julio y 4 de agosto de 1844, en sus respectivos números 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26, 28, 29 y 31.

Es muy arriesgado considerar como pionero a nuestro autor de este tipo de literatura por entregas, pero sí se puede aportar, como curiosidad, que, en España, uno de los más famosos escritores españoles especializados fue Manuel Fernández y González, y hasta 1851, no fue cuando publicó su primera novela (*Men Rodríguez de Sanabria).*

Por otro lado, en el ámbito internacional, a Eugène Sue, con su novela, también por entregas, "Los misterios de París", se le considera el iniciador de este tipo de literatura de consumo rápido. Dicho título se publicó entre los años 1842-43. Téngase igualmente en cuenta, para aseverar la arriesgada afirmación inicial, que es cuando, a partir del año de aparición de "Amalia" (1844), autores de la talla de Alejandro Dumas, Arthur Conan Doyle o Charles Dickens comenzaron a publicar, por entregas, sus famosas novelas ("El Conde de Montecristo", a partir de 1844; "Los tres mosqueteros" coincidieron incluso en cuanto a meses de publicación con "Amalia"; "Cuento de Navidad", de 1843 y, mucho más tarde, "Sherlos Holmes", en 1887, respectivamente).

Sí creemos humildemente, que podemos considerar a Luis Villanueva, sin duda ávido lector, visionario en cuanto a los nuevos modelos literarios que iban apareciendo y que, como autor, supo adaptarse rápidamente a la literatura de folletín en España, a sabiendas del singular éxito con que ésta práctica literaria disfrutaba.

La novela "Amalia" está dividida en diez capítulos. El primero está dedicado a la introducción, presentación y definición de los personajes. Del segundo al noveno capítulo se haya desarrollada

la narración, dejando el último, décimo, como "conclusión" de la historia.

Su aparición en el "Semanario Pintoresco Español", aunque en diez entregas, no corresponde con la numeración de los capítulos, dejándose en suspense al lector con lo publicado, con el único objeto de crear intriga, promoviendo el interés por el "¿qué pasará?" en las siguientes entregas, estrategia meramente comercial. Esto sucede especialmente en los finales de las entregas 4, 6, 7, 8 y 9.

La aparición ahora, por primera vez, de una edición completa de "Amalia", viene justificada como homenaje a su autor. Como en el Prólogo se manifiesta, se cumplen, en este 2016, 150 años de la inauguración de la estatua que, el pueblo de Barcarrota, instaló en su plaza principal al descubridor Hernando de Soto. El alcalde por entonces era el abogado Joaquín Portella Vargas, quien atendió rápidamente la propuesta de Villanueva, inquieto estudioso del aventurero, de organizar una cuestación popular y adquirir mencionada estatua. Así es y será recordado D. Luis Villanueva.

F. J. P. G

AMALIA

A mi amigo D. Ignacio María Argote[2]

I

En un pequeño pueblo de la provincia de Alicante, se celebraba la apertura de una magnífica fábrica de paños, que el caballero Mr. Friescher acababa de establecer; los oficiales destinados a esta nueva fábrica, las aldeanas y los aldeanos, celebran a la vez la apertura de este establecimiento que tantas utilidades iba a reportar a todo el vecindario. Don Francisco Ibarra, director de la fábrica y su esposa, Doña Juana, concurrieron también a estos regocijos, en los que tanta parte debían tomar por ser de los más interesados; todo era júbilo y alegría, las aldeanas bailaban, las personas respetables y los caballeros convidados tenían en un departamento un magnífico ambigú, y jugaban al tresillo[3] y al ecarté[4]; el pueblo todo y los caballeros, disfrutaban indistintamente de los regocijos y las diversiones, preparadas por Mr. Friescher para la inauguración de su fábrica.

-Buen establecimiento, Sr. Ibarra, decía un caballero al director de la fábrica, buenos pesos se habrá gastado en él Mr. Friescher, pero ya los cogerá duplicados; ¡qué magníficos telares!, pronto tendrán que envidiar los paños de Inglaterra y Francia, a los que la nueva fábrica de la provincia de Alicante.

-No importa caballero, decía otro, con un director como el Sr. Ibarra y con tan buenos oficiales como los que Mr. Friescher tiene, ya el mérito de sus tejidos abogará esa que nos es más que una manía, y conocerán los extranjeros que para nada bueno los necesitamos.

Estos y otros varios razonamientos se oían en boca de los que asistían a aquel convite, que podemos, aunque impropiamente, llamar artístico.

---

[2] Ignacio María Argote y Salgado, Marqués de Cabriñana (1822-1891), abogado perteneciente al partido liberal moderado. Fue alcalde del Ayuntamiento de Córdoba, además de diputado provincial y nacional. En el año 1865 logra su acta de senador vitalicio. También fue miembro de la Real Academia de Córdoba. Fue autor, en 1860, de la obra poética "Conquista de Córdoba por el Rey San Fernando"

[3] Cierto juego de cartas en que toman parte, a la vez, tres jugadores.

[4] Cierto juego de cartas.

Concluyeron los regocijos y cada uno se fue retirando a su domicilio.

-Muchas gracias, Mr. Friescher, decían todos al retirarse.

-Gracias, caballeros, contestaba el francés.

Marcháronse todos, y el director Ibarra y su esposa se retiraron también a su casa. Era este un matrimonio de los que suele haber pocos, honrados, afables, cariñosos, modelo de virtud y fidelidad conyugal; dos hijos eran el fruto de este feliz matrimonio, y ambos eran los ídolos del pueblo, por su modestia, su afabilidad y por la buena educación que les habían dado sus padres. La mayor, niña de unos ocho años, era preciosa, viva, afable y tan cariñosa, que cualquiera desgracia le hacía derramar abundantes lágrimas; era al mismo tiempo tan caritativa que más de una vez había, a hurtadillas de sus padres, socorrido con las provisiones de la despensa de su casa, la miseria y estrechez de algunos infelices aldeanos. Todo era bello en aquella tierna niña; a una cara angelical, un cuerpo esbelto, un semblante modesto y risueño, acompañaba un corazón puro y un alma sensible y naturalmente virtuosa. No había persona que no se prendase de ella y que no admirase, en su tierna edad, un corazón tan justo, y un talento tan despejado. En la narración de esta historia tendremos ocasión de admirar las bellas prendas que distinguían a esta preciosa niña, digna de una suerte más feliz que la que alcanzó. El otro hijo del director de la fábrica, llamado José, era también en extremo afable, pero dotado de un carácter altanero y de una inflexibilidad de corazón, que solo la educación pudiera formar de él un hombre honrado y sociable.

Esta familia, aunque de mediana fortuna, había vivido siempre con descanso, socorrida con el sueldo que había disfrutado el marido como director de otra fábrica de paños establecida en la villa de Alcoy[5]; la ruina de esta fábrica y el establecimiento de la de Mr. Friescher, hicieron variar de domicilio a esta familia, y venir al Ibarra a dirigir la nueva fábrica a instancias de Mr.

[5] Localidad de gran tradición en la fabricación de tejidos. No en vano allí se creó, en el s. XVIII, la Real Fábrica de Paños de Alcoy.

Friescher, que conocía y apreciaba los conocimientos del director en las hilazas, tejidos y tintes de la lana.

Con tan buen director, con los grandes capitales de existencia, y con los buenos oficiales que se había hecho venir, Mr. Friescher intentaba rivalizar con las fábricas más acreditadas del reino, y competir con las extranjeras. Empezáronse los trabajos con buen éxito; los tejidos se despachaban, los telares no cesaban de trabajar, y todos los días había necesidad de aumentar el número de operarios. Cada día tomaba más incremento y por momentos adquiría fama la nueva fábrica de Mr. Friescher; pero esta fama y aceptación fue muy pasajera, y al poco tiempo empezó a decaer; semejante a un fuego fatuo que brilla sin alumbrar, el crédito de la fábrica subió al más alto puesto y cayó después precipitadamente, sin que se pudiera remediar su caída. El desdichado francés tuvo a poco que despedir a muchos de los operarios, y por último que cerrar la fábrica.

Con tan infausto acontecimiento, la buena familia del director tuvo que buscar nuevos medios de subsistencia. Se pensó en marchar a Valencia, en volverse a Alcoy y por último a Madrid, donde se hallaba una hermana de Doña Juana, a cuyo lado podrían vivir con algún más descanso; emprendiose con efecto el viaje a Madrid, y tuvieron que despedirse y abandonar al desdichado Mr. Friescher y a aquellos pobres y bondadosos aldeanos, que no pudieron menos que llorar amargamente la pérdida de una familia tan honrada, tan caritativa y tan amable.

-El cielo os conceda más suerte en otra empresa, Mr. Friescher, y si alguna vez puedo aliviar en algo vuestra desgracia, contad siempre con mi cariño. Adiós buenos y honrados aldeanos, vivid felices y contad siempre con mi eterno agradecimiento. Las aldeanas besaban llorando a los hijos del honrado director, y la inocente y cándida Amalia lloraba amargamente tan inesperada separación. Este es el único galardón concedido a la virtud y a la honradez; el aprecio general es la muestra más palpable de las buenas prendas, mucho más cuando se halla representado por personas sencillas y generalmente virtuosas, como sucedía con estos aldeanos.

Desde este momento empezaron ya las angustias, las desgracias y los pesares a abrumar y entristecer a esta desventurada familia. Separados del trato sencillo y franco de las aldeas, en donde casi siempre habían vivido, y que era a ellos tan natural, y poco acostumbrados por lo mismo a las infernales intrigas y vida relajada de la corte, hubieron de sufrir muchos sinsabores en ella, y jamás hubieran podido acostumbrarse a su trato. Tan difícil es variar las costumbres, sobre todo en personas o pueblos ya adultos.

Un cuarto segundo de una casa decente, en una de las calles principales de la corte, donde vía Doña Tomasa, dio alojamiento proporcionado a la familia del director. Los primeros días se pasaron sin incomodidad, mediante los pocos cuartos que había de existencia, de los cuales en poco tiempo se dio cuenta entre Doña Tomasa y algunas de sus amigas; pero esto se acabó como se acaba todo lo que gastándose no se repone, y fue preciso ya tratar de buscar recursos para poder subsistir. En la honradez de esta familia no cabía valerse de los medios indecorosos de subsistencia de que por desgracia tanto abunda la corte. Hubo jugadores que le ofrecieron ponerle casa y pagarle lo suficiente para vivir con comodidad y aun con esplendidez, si les permitía tener una casa de juego que con todas las apariencias de una culta sociedad, fuese en realidad un *garito* que no se diferenciase en nada de los más indecentes de la corte. En corazones puros y virtuosos, jamás caben pensamientos ni hechos viles y nefandos; pueden perecer, ser juguetes de fortuna, de la envidia y de las pasiones, pero nunca cometerán una villanía; así que todos estos planes fueron desechados por la familia del director, con la altivez que inspiran la honradez y la virtud.

La corte no es para corazones puros y virtuosos como el de Ibarra y su familia, así como las bellezas de la naturaleza, el sol que ríe en un cielo puro y sereno, los alfombrados valles, las pintorescas colinas y todos los demás encantos de nuestra madre naturaleza, no son para corazones impuros, sino para los que tienen un alma sencilla y virtuosa. La corte es un mundo bastante difícil de comprender, y en el que casi siempre triunfa la infamia de

la virtud y las acciones perversas de las buenas y justas. La virtuosa familia del director no podía sufrir una vida tan diferente de la que hasta entonces había disfrutado, y mucho menos podía adoptar un medio de subsistencia que repugnase a su virtuoso corazón. En situación tan angustiosa pensaron volverse a Alicante, donde poseían algunos bienes, y vivir mejor allí reducidos a lo que honradamente pudiesen ganar, que permanecer en la corte y tener que elegir un medio de subsistencia indecoroso. Todo estaba dispuesto para el viaje, cuando un acontecimiento extraordinario vino a dar el último golpe de infortunio a esta familia desventurada; el padre, que era el único consuelo, el único apoyo de todos, cayó postrado en cama con unas fuertes calenturas, que en breves días le condujeron al sepulcro. Este nuevo golpe, tan inesperado y tan terrible, puso colmo a la serie de desgracias que había experimentado la infeliz Doña Juana, y con ella sus desventurados hijos. Ya no se pensó en la partida a Alicante, porque no podrían vivir en él con lo poco que poseían, y porque la casi repentina muerte de un esposo y de un padre tan cariñoso y tan honrado, había herido de tal modo sus almas que por mucho tiempo permanecieron en una inacción que podría caracterizarse de demencia o de estupidez. La desdichada Doña Juana estuvo loca una infinidad de días, y la tierna Amalia, la inocente huérfana, demasiado sensible para soportar tanta desgracia, cayó en cama agobiada con unas calenturas nerviosas de las que escapó milagrosamente. Lloraba la inocente niña, y aunque su razón no podía comprender lo amargo de su situación, su corazón, entrañablemente cariñoso, no podía soportar la pérdida terrible de un padre tan amable y bondadoso.

-Si al menos el cielo, solía decir, ya que quiso una víctima, ya que juzgó necesario castigar la maldad de esta mi desventurada familia, hubiese elegido a la más inútil, a la más miserable, entonces yo bendeciría sus decretos, y dejaría con gusto esta vida porque mi padre viviese y mi familia pudiese subsistir; pero mi padre, el único consuelo de una familia desventurada, el que solo podía endulzar lo amargo de nuestra situación, un padre tan amante de sus hijos, ¡ah!, perdóname Señor, que no sé lo que digo,

pensar que es muy cruel y dolorosa la pérdida de un padre querido.
-No os aflijáis tanto señorita, le decía una infeliz mujer que, compadecida de sus desgracias, la asistía voluntariamente; el cielo que todo lo sabe y lo penetra lo ha dispuesto así, y él sabrá remediar vuestras desgracias; fiad en su bondad y en su justicia.
-Sí, estoy resignada con sus decretos, confío en su bondad que no dejará abandonada y sin recursos a esta infeliz mujer; pero dejadme llorar la pérdida de un padre, el más cariñoso, el más amable y el mejor sin duda de todos los padres; el cielo me dé valor para soportar tanta desgracia.

No pudo decir más, el llanto ahogó su voz, y lánguida y sin aliento, dejó caer su cabeza hermosa sobre la almohada; su rubia cabellera destrenzada, caía en nudosos rizos sobre sus mejillas de coral, y la blancura de su tez hacía resaltar más la hermosura de sus negros y brillantes ojos. Nunca había estado Amalia más interesante; su acerbo dolor parecía dar más realce a su hermosura, pero la infeliz Amalia había recibido un golpe terrible; la muerte le un padre querido y que tanta falta les hacía en las críticas circunstancias en que se hallaban, fue una desgracia tan grande que descompuso toda su delicada organización; y no teniendo bastante serenidad para sufrir tanto mal, se entregó con exceso a los delirios y al dolor más profundo.

En tanto que esto pasaba con la infeliz huérfana, su madre que había vuelto a su juicio después de algunos días, se hallaba en la sala inmediata tendida en una cama, esperando por momentos que finalizase su existencia; unas fuertes calenturas cerebrales habían sucedido a aquella enajenación mental, y la infeliz Doña Juana apenas daba señales de vida; el doctor que la asistía la había ya desahuciado, mandando al mismo tiempo que nada dijesen a la pobre Amalia.

El mal se fue agravando por momentos, y después de haberle suministrado los últimos consuelos de la religión, dirigió, pocos momentos antes de espirar, estas palabras a Doña Tomasa que la asistía.
-Querida hermana, le dice apretando convulsivamente la mano, voy a morir; dentro de pocas horas no existiré; y mi alma irá a

unirse con la de mi querido esposo; pero dejo en este mundo de engaños y de perfidias dos hijos inocentes, sin más amparo que el cielo, ni más defensa que su buen corazón y la educación esmerada que les he dado: sé tú su norte, su guía, dirígelos siempre por el camino de la virtud y la honradez: acuérdate que tu hermana, próxima ya al sepulcro, te lo encarga, y que te lo ruega con lágrimas de dolor. Cuida sobre todo de mi Amalia, de esa tierna flor que va a ser combatida por los huracanes del mundo, y que sin tu apoyo y el del cielo, perecerá entre el lodo. El Dios de los hombres, que premia las acciones virtuosas, te bendecirá y yo, confiada en tu cariño, tendré resignación y esperaré sumisa los decretos de la Providencia.

Pocos intervalos había tenido Doña Juana tan largos como éste ni de tanta serenidad; pero era precioso cumplir con este santo deber y el cielo le había concedido el tiempo que necesitaba. Poco momentos después expiró, ahogándose en sus labios estas tierna palabras.

-Queridos hijos, huérfanos infelices, habéis perdido el padre más honrado y amoroso, y ahora perdéis una madre que tanto os quiere; el cielo lo ha dispuesto así, cúmplase su divina voluntad. No olvidéis nunca mis consejos, y viviréis felices en la tierra, para ir a gozar, después, de la mansión de los ángeles; y tú, Señor que todo lo diriges y lo penetras, haz que sean justos y virtuosos.

Un apretón convulsivo que dio a la mano de su hermana fue el último esfuerzo que hizo; murió bastante tranquila y resignada, porque la virtuosa Doña Juana ignoraba la suerte infeliz que en este mundo había de caber a sus desdichados hijos, e ignoraba también de la mala índole de la infame Doña Tomasa.

¡Cuántas desgracias se reúnen a veces en un solo individuo! ¡Cuántos sinsabores nos ofrece la vida para los que nacen con un sino desgraciado! Hemos visto a la pobre Amalia perder su fortuna, su bienestar, su padre, su madre infeliz, y quedar abandonada en el mundo sin otro amparo que el de una tía inmoral y perversa. ¡Cuántas desdichas no sufrió después! ¡Cuántos pesares no la agobiaron! ¡Parece que la mano de la Providencia puso empeño en probar su virtud! Pero todo lo sufrió con extraordinaria constancia.

Dispusieron los funerales de Doña Juana con el mayor sigilo y reserva, a fin de que la infeliz huérfana no supiese nada de cuanto pasaba. Todo salió bien, y al día siguiente, por la mañana, fue sepultado su cuerpo en el cementerio, cerca de la tumba de su esposo.

Muchos días se pasaron sin que Amalia pudiese levantarse de la cama; pero al fin, mediante las diligencias del médico pudo verificarlo, aunque en extremo débil y delicada. Fingiose, por lo pronto, que su madre había sido trasladada a otra casa, que tenía mejores proporciones para cuidarla con el esmero que exigía la gravedad de su situación. Con este ardid fueron poco a poco informándola de la muerte de su desgraciada madre.

Sin el auxilio de la Providencia, no hubiera podido la tierna joven sufrir este segundo golpe, aún más terrible que el primero; pero la misma mano que dispone los disgustos, da casi siempre la resignación necesaria.

Bien joven empezó a experimentar los sinsabores de la vida, y con indecible tiranía le fue la suerte acumulando desgracias las más terribles. De diez años se hallaba ya sin padres, sin auxilios y entregada sin timón al tormentoso mar de la vida.

-El cielo me ha hecho desgraciada, solía decir, para probar sin duda mi resignación. Cúmplanse sus sagrados decretos.

Cualquiera que haya leído hasta este punto, extrañará que nada hayamos dicho de Doña Tomasa, que ha hecho bastante papel en el discurso de esta historia; pero hay caracteres y personajes que el corazón se niega a describir y que la pluma no quiere representar. Hay almas tan inmundas y tan viles, que debieran habitar mejor en el cuerpo de una pantera, que en el de un ser racional. Por esta causa hemos dilatado esta descripción, que suprimiríamos de buena gana, si el interés de la novela nos lo permitiese.

Doña Tomasa, hermana mayor de Doña Juana, dio a conocer lo perverso de su corazón desde sus primeros años, fugándose de casa de sus padres después de haberles robado todas las alhajas y dinero que pudo, marchando a Valladolid con un jugador de profesión que había captado su amor, si es que el amor tiene cabida en corazones tan inocuos como el de Doña Tomasa.

Lo que pasó con esta señora en Valladolid, puede el lector figurárselo por la extraña manera con que emprendió su carrera; pocos años después la abandonó su amigo, y no hallándose bien en Valladolid pensó venirse a Madrid, que, como ella decía, es charco hondo, y no se sabe si los peces son buenos o dañados. En vano sus padres intentaron hacerla volver a su seno, y los desdichados murieron con el pesar de tener una hija ingrata.

Vino a Madrid Doña Tomasa, y con su garbo, su cara, y su natural talento, logró que un antiguo dependiente de palacio, llamado D. Pascual de Benavides, hombre rico, solterón y rumboso, se prendase de ella y le diese lo necesario para vivir con el desarreglo y el despilfarro que siempre había acostumbrado.

Era Doña Tomasa de buena estatura, blanca, con buenos ojos, y bastante graciosa; sus modales no era los más finos, su trato era insoportable y se hallaba dotada de un talento vivo que le ayudaba bastante en sus empresas. Gustaba mucho de francachelas[6] y diversiones, y estaba acostumbrada a gastar sin tasa y a su capricho.

Acostumbrada a una vida tan holgazana, no podía soportar hallarse sin recursos, y viéndose ya de alguna edad, pretendió vivir siempre a su modo, aunque fuese a costa de la perfidia y de la inmoralidad. Con este motivo había escrito varias veces a su hermana para que se viniese a su lado, pensando sacar partido de ella, haciéndola aceptar un empleo lucrativo aunque no fuese muy honesto.

Su virtuosa hermana, sin comprender el objeto del cariño de doña Tomasa, había rehusado hasta entonces sus ofertas por motivos de conveniencia; pero habiéndose encontrado después sin medios de poder subsistir, vino a su lado, creyendo de buena fe en el amor de su hermana. De este modo se había libertado hasta entonces, la buena familia del director, de las perversas intenciones de Doña Tomasa.

---

[6] Reunión de un grupo de personas con el ánimo de beber, comer y divertirse desordenadamente.

En manos de una mujer tan inmoral vinieron a parar los inocentes hijos de Doña Juana: la bella Amalia, que tendría unos doce años, y José poco más de ocho, ambos bien educados pero demasiado jóvenes para precaverse de las asechanzas del mundo. José, a pesar de todo, no era muy amante de su tía, y, aunque niño, le incomodaba mucho su conducta disoluta. Amalia, por lo contrario, demasiado amable e inocente, juzgaba bien de todos, especialmente de los que componían su familia: amaba a su tía como a una madre y se prestaba gustosa a cuanto le decía, con tal que no repugnase a su corazón.

Siempre sencilla y modesta, jamás había dado disgustos a nadie y aún en medio de su angustiosa suerte, nunca se le oyó expresión alguna que pudiese incomodar al que la oyese: lloraba su desventura y la lloraba amargamente, pero de modo que no afectase a nadie.

-¿Qué culpa tiene el que me escucha de que yo sea desgraciada? ¿Y habré de hacerle tomar parte de mi desventura? No, demasiados sinsabores ofrece generalmente la vida para que yo los aumente con mis impertinencias.

De noche en sus oraciones pedía al cielo por las almas de sus padres, y porque protegiese su malhadada suerte, pero resignada siempre con los decretos del altísimo, nunca se la veía de mal semblante; siempre risueña y cariñosa, era la admiración de cuantos la veían, y nunca hubo uno que se propasase a manchar su pureza; a todos inspiraba amor y respeto, y todos gustaban escucharla, oír su dulce voz y admirar las agudezas de su natural talento.

Pero bien pronto se agotó la lozanía de esta flor, bien presto el huracán de las pasiones desenfrenadas secó su aliento puro, y fue arrastrada por la tormenta al inmundo lodazar de los vicios. Corrompida por el aliento impuro de su tía, y hecha juguete de su hidrópico deseo de oro, sufrió la inocente y cándida paloma la desgarradora mano del gavilán que hizo pedazos su honor y castidad.

---

[7] Sediento, insaciable.

II

Tu eres mujer un fanal[8]
transparente de hermosura,
¡ay de ti si por tu mal,
rompe el hombre en su locura
tu misterioso cristal![9]

Espronceda

Crecía la tierna y delicada flor en medio de las espinas y abrojos[10] que la rodeaban, y crecía pura, sencilla e inocente: no había llegado la hora en que debía quedar lánguida su lozanía, perdido su color y emponzoñado su aliento. La inocente y desgraciada Amalia había empezado ya a sentir los halagos de las pasiones, pero con dulzura y con pureza: amaba, pero su amor era delicado, inocente y candoroso.

Un joven de dieciocho años, que visitaba la casa de sus padres, llamado Julio, y que había sido siempre fiel en las adversidades y en las dichas, era el objeto del amor de Amalia, pero jamás una sola mirada, un solo suspiro se deslizó en su pecho, que pudiese dar indicios de su pasión; el mancebo, por su parte, sentía el mismo ardor, pero nunca se había atrevido a declararlo; amaba a Amalia pero respetaba mucho a su adorada para atreverse a decirla nada que pudiese incomodarla; tal creía él al menos que sucediese si se decidía a declarar su pasión a la virtuosa joven, por lo cual siempre lo había rehusado. Pero como las pasiones dominan el alma a su antojo, mucho más cuando se hallan vivamente alimentadas, como sucedía con las de Julio y Amalia, bien presto una mirada de esta, un suspiro escapado insensiblemente de su pecho, dio al joven ánimo para declarar lo ardiente de su pasión, y esperanzas para lograr lo que anhelaba.

---

[8] Candil, lámpara.

[9] De "El estudiante de Salamanca" (1840).

[10] Planta espinosa.

Un día en que casualmente pudo tomar el bolso de Amalia su amante, dejó en él una carta concebida en estos términos.

Querida Amalia: Perdone V. si con estos renglones dictados por una pasión pura y ardiente, ofendo su natural modestia; pero espero de su bondad que los leerá con benignidad y tendrá al menos piedad de mi dolor. Hace tiempo que profeso a V. esta pasión, pero la misma causa que ahora me hace dudar de mi dicha, me ha detenido; he creído después que V. no era insensible a mi amor, y esta esperanza me ha alentado. Espero que se digne V. contestarme y darme así una prueba de que no han sido ilusorias mis esperanzas.

Su apasionado
Julio

Apenas recibió Amalia este billete[11] tan modesto y tan moroso, creyó que su felicidad era completa: verse amada del ue tanto quería, y verse amada con la pureza y entusiasmo que epresentaba el billete; era todo cuanto su imaginación podía crear. Sin detenerse un momento, y ocultándose de su tía, contestó estos expresivos renglones al enamorado Julio.

Si pretendéis burlaros de mi orfandad, podéis renunciar a ese capricho, y tened entendido que nadie abusará impunemente de mi desgraciada posición; si por lo contrario es cierto lo que de decís, creed que será vuestro amor el colmo de mi felicidad.

Amalia

Un amor tan puro, como el que profesaba el joven Julio a Amalia, era capaz de hacer la felicidad de los que fuesen dignos de él: dos corazones tan sensibles como los de estos jóvenes, profesándose el amor más entrañable y más inocente, son el colmo de la felicidad de la tierra: poseer una mujer bella, inocente, pura y

[11] En este caso y por lo común, carta breve.

amorosa, es el edén de la vida, es el estado natural y sencillo de los placeres. Quién era ya más feliz que Julio; su alma rebosaba de alegría, besaba locamente el billete que le había traído tanta dicha, y examinaba con entusiasmo los caracteres que sobre el papel había trazado la mano de su querida. Amalia por su arte se creía dichosa con el amor de Julio y se entregaba con júbilo a la más extraña alegría; creía gozar ya una vida feliz al lado de su amante y esta idea exaltaba la natural sensibilidad de su pecho. Pero no estaba reservada a la desgraciada Amalia una vida tan feliz y tan dichosa: había nacido desgraciada y la desgracia le perseguía constantemente.

La impura Doña Tomasa, que nada había sabido de estos amores, llegó por fin a enterarse de ellos, y decidió sofocar una pasión que frustraba los maquiavélicos planes que había concebido; prohibió la entrada en su casa al enamorado Julio, y llamando a su sobrina, se expresó con ella de este modo.

-Jamás hubiera podido creer que a una tía tan cariñosa y que tanto interés se toma por tu bienestar, hubieras tenido oculta una pasión tan criminal, y que tanto se opone a tu felicidad; ¿Conoces tú a Julio?, ¿Sabes sus intentos?, ¿Sabes que es un libertino?, un...

-Perdone V. si le interrumpo; confieso que he faltado en no decir a V. nada de mis relaciones con Julio, pero en cuanto a criminal no creo que tenga V. motivo para calificar de tal nuestro cariño; respetaré lo que V. me mande, pero jamás mi corazón podrá sufrir que le deis el dictado de criminal a un amor tan puro y tan inocente como el de Julio.

-Muy pronto se ha captado tu voluntad, no creí que fueses tan liviana, y que tan presto dieses oídos a los halagos de los hombres. Mucho crees en las palabras de Julio.

-Señora, cuando las palabras salen del corazón, del corazón de un hombre que ama, bien presto se hacen lugar en él de la que no sea admisible a sus halagos. Habré hecho mal en amar, pero mi amor ha sido puro y ardiente, ha sido el natural desahogo de mi corazón.

Conoció la tía que no era el temor el medio de cortar aquellas relaciones, que el amor había arraigado tanto y, variando de tono y dando un beso a su sobrina, continuó.

-Tú no sabes ni conoces la perfidia del corazón de los hombres; fingen halagos, fingen amor, mientras no están seguros del triunfo: así que lo ven cercano, se presentan ya sin la máscara y entonces desaparecen las ilusiones y sólo queda la terrible realidad. Tú eres demasiado joven para exponerte a una lucha en la que quedarías vencida, y que solo con mi apoyo podrías superar. Además ¿qué esperas tú de un novio pobre, de un novio que en vez de proporcionarte las joyas que ahora posees, tendrías, si querías no morir de hambre, que deshacerte de ellas para poder subsistir? Confía en el cariño de tu tía que pronto te buscará un novio rico, elegante, y que te quiera más que el miserable Julio.

-Respeto mucho vuestra voluntad, y jamás de mis labios oirá Julio una expresión que pueda alimentar su amor; pero no creáis por eso que vuestra sobrina se sacrifique al oro. Nací con algo de fortuna, quedé pobre y huérfana, y sólo lloro la pérdida de mis padres, pero nunca me acuerdo de las riquezas. Sé que todo lo que tengo os lo debo, que nada mío poseo, y no obstante nada ambiciono.

El perverso corazón de Doña Tomasa no hallaba eco en el de su cándida sobrina; pero, sin abandonar su presa, trabajaba sin cesar en hacerla más cara a los ojos del mundo. Ricos trajes y tocados, preciosos aderezos y los más caprichosos objetos de la moda, vestía la desgraciada huérfana; asistía a todas las diversiones y paseos, y llamaba en todas partes la atención por su hermosura, su candidez y sus elegantes modales.

Un día que se hallaba en el teatro, ocupando uno de los palcos principales, recibió la tía un recado de el Marques de***[12] convidándola para un magnífico baile que tenía preparado, y al que debían asistir personas muy principales de la corte. Conoció la tía el objeto y se complacía interiormente del buen resultado de su

[12] Con estos tres asteriscos figura en la edición de "Semanario Pintoresco Español", queriendo ocultar el apellido del noble personaje, buscando, tal vez, hacer extensible sus defectos subliminalmente al resto de la alta sociedad. Queda bien claro ese interés del autor cuando, más adelante, se puede leer "Hay hombres peores que tigres, y que debieran solo habitar en el seno más espeso de los montes, y lo peor es que estos son los caballeros, los señores, los descendientes de los grandes hombres...".

empresa. Al día siguiente se compraron los trajes de baile, y, así llegó la hora, se dirigieron la tía, la sobrina y una amiga de aquella a la casa del Marqués. Sorprendida estaba la infeliz Amalia de tanto lujo y del cariño que de pronto le había tomado su tía, pero, demasiado inocente para comprender tanta perfidia, se dejaba llevar precipitadamente por el huracán que a paso gigantesco la conducía a la impureza.

-¿Quién es ese Marqués a cuya casa vamos? Preguntó a la tía antes de salir.

-Es un caballero muy rico, que nos ha hecho el obsequio de convidarnos a un baile de máscaras; te ha visto en el teatro, te quiere mucho, y desea que vayas a su casa.

-¿Pero con qué motivo nos convida a su baile? Si yo no lo he visto nunca, no lo conozco, y jamás le he oído nombrar, ¿cómo ahora, sin otro motivo, nos convida a su casa?

-No seas melindrosa[13] y déjate guiar por tu tía; ese Marqués te conoce muy bien, hay más, te quiere, y quizá... no es extraño... no es la primera infeliz que se casa con un Marqués... los señores son muy caprichosos y...

-Me decís unas cosas tía que me ponen de mal humor; a qué pensar ahora en eso... además yo no conozco a ese hombre, y yo no puedo amar a quien no conozco.

-Calla, chica, que aún no te vas a casar; vamos al baile y verás cómo te diviertes.

Salieron y dirigiéndose a la casa del Marqués llegaron a tiempo que la sala estaba ya llena de gente. La música tocaba un vals, y las parejas danzaban admirablemente. Dio Doña Tomasa la consigna a uno de los criados, y a poco rato vino el mismo Marqués a recibirlas; entraron en la sala, atravesaron por medio de la concurrencia, y fueron conducidas a la del ambigú[14]; allí se quitaron las caretas, y los criados sirvieron dulces y helados.

Tenéis una sobrina encantadora, dijo el Marqués a Doña Tomasa, es lástima que no concurra siempre a mi *soiré*[15]; yo

[13] De *melindre*, exagerada delicadeza en palabras o acciones.

[14] Bar dentro de un lugar público.

[15] Soirée. Palabra francesa que aquí equivale a velada o reunión.

recibiría mucho gusto en ello, y animaría la reunión con su semblante peregrino.

Sonrojose Amalia, poco acostumbrada a estos requiebros de sociedad, y tuvo la tía que contestar por las dos.

-Gracias, Marqués, yo tengo una complacencia grande en ello, y creo que mi sobrina la tiene también.

-Señora... yo...

-Está poco acostumbrada a vivir entre gente esta joven. ¿Querréis creer que le disgustaba asistir a vuestro baile?... es una inocentilla.

Todas las palabras de Doña Tomasa iban dirigidas a hacer más cara a los ojos del Marqués su sobrina, y a excitar su pasión.

-Hace muy mal en no tratar con las gentes; es demasiado bella para ocultarse a los ojos de los que tanto la quieren.

Fue interrumpida la conversación por dos caballeros que vinieron a pedir un rigodón[16] a Doña Tomasa y su amiga. Aceptaron, y el Marqués, a instancias de Doña Tomasa, ofreció el brazo a Amalia; temblando aceptó ésta, pero no rehusó por temor al genio colérico de su tía, y tal vez por no parecer ridícula delante de tanta gente.

Pasaron a la sala de baile, las parejas empezaron a bailar, y el Marqués con Amalia paseaba por el salón.

Era éste un solterón como de unos cuarenta años, obsequiador, presumido, disipado, dotado de un carácter hasta cierto punto bondadoso, pero tan acostumbrado a hacer su gusto, que cuando no lo conseguía o encontraba algún obstáculo se ponía hasta furioso. Su estatura era mediana, grueso, elegante, limpio rayando en afectado o presumido, fingiendo con sus postizos y adornos ser un mozalbete de los de primera tijera[17].

Con este hombre dejó a Amalia la buena de su tía.

-Sois muy hermosa, Amalia.

-Gracias, señor Marqués; perdonad, no gusto de adulaciones; no conozco mucho la culta sociedad, por lo que no extrañaréis que me enoje.

---

[16] Cierto baile de origen francés.

[17] Se dice de las personas que están al inicio de su juventud.

-¡También esquiva! Todo os hace más bella a mis ojos. Os he amado desde que os vi, y permitid a mi cariño que os hable tan amoroso: no son cortesanías lo que os digo, os amo de veras.
-Gracias, caballero, os he dicho que no gusto de adulaciones, y si insistís hablándome de ese modo, habré de dejaros y me uniré a mi tía: perdonad si os incomoda mi franqueza.
-No, Amalia, esa franqueza me encanta, no puedo sufrir estos melindres de sociedad; si antes os quería, desde este momento os adoro.

Una máscara que se acercó al Marqués, interrumpió la conversación: era un hombre vestido de negro, con adornos encarnados en el calzón y zapatos, y cuyo rostro cubría una ridícula careta: le llamaban el *diablo*, y su figura no desmentía este aserto.
-Ved lo que hacéis Marqués, le dijo acercándose a su oído, sed prudente y cuidado no os arrastren a un precipicio los ojos hechiceros de esa joven: sabe que el *diablo* vela por ella, y que vengará cualquier ultraje que le hagáis.

Saludó después a Amalia y se retiró. Quedó el Marqués un tanto pensativo con esta ocurrencia: mas poco después, sin acordarse de lo pasado, volvió a la misma conversación.
-¿Qué os parece mi casa, Amalia?
-Muy bella, señor Marqués.
-Podéis en ella mandar a vuestro antojo, yo me tendré por dichoso si os dignáis frecuentarla.
-Os doy las gracias: me incomoda vivir en una sociedad tan elevada... como nunca he vivido más que en una aldea.
-Ya os acostumbraréis; sobre todo, yo que tanto os debo, haré porque asistáis a mis bailes.
-Perdonad si os digo con franqueza que tendré en ello un disgusto.
-Sois en extremo esquiva con quien tanto se interesa por vuestra felicidad.
-No hablemos más de eso, Marqués; mirad aquellas parejas que gritan.
-Sí, algunos locos.
-Y el *diablo* está entre ellos.

-Parece que os interesa mucho el *diablo*... sentiré que os moleste mi presencia.
-No, ciertamente, si os digo que no le conozco, os digo la verdad.
-Pues bien, si no le conocéis, si a nadie amáis, no seáis insensible a mis ruegos; hace mucho tiempo que os amo, y me creeré feliz si me correspondéis.
-Basta caballero, os burláis de una pobre huérfana, ¡ah!, os creía más noble; vuestro amor para mí es un crimen, y de haberos escuchado me arrepiento. Adiós.

El *diablo* que se hallaba en todas partes, así que observó que Amalia se separaba del Marqués, fue a ofrecerle el brazo diciéndole por lo bajo: nada temáis, soy Julio. Aceptó Amalia una compañía que tanto le agradaba procurando calmar la emoción que estas palabras le causaron, y se dirigieron juntos al sitio donde se hallaba la tía.
-Os entrego a vuestra sobrina, dijo el *diablo*, no quiero cuidarla más; hacedlo vos que tenéis obligación. Y acercándose al oído, no olvidéis tan pronto lo que ofrecisteis a vuestra hermana próxima ya al sepulcro, mirad que hay quien os observa. Adiós.

Estupefacto se quedó el Marqués con las palabras del *diablo*, y con la inesperada conducta de Amalia; pero ajado como él creía su amor propio, intentó a toda costa llevar a cabo su proyecto. No se valió ya del amor, y creyendo más eficaz el oro, se dirigió a la tía que le dio una cita para el día próximo en su casa.

Concluyose el baile, cada cual se retiró a su casa, y un criado del Marqués fue acompañando hasta la suya a Doña Tomasa y compañía.

La infeliz Amalia había empezado ya a ser el juguete del perverso corazón de su tía. Apenas llegaron a casa, demostró ésta su disgusto por lo acaecido entre el Marqués y su sobrina; pero no quiso exasperarla y guardó silencio, dejando para otro día los sinsabores y las iniquidades que su perverso corazón imaginaba.

III

Una visita

Rugía el huracán de la depravación en derredor de la inocente Amalia, que incapaz de resistir su choque violento, había de ser en breve presa de sus embates.

Al día siguiente, serían las doce de la mañana, paró un coche a la puerta de Amalia, bajó un caballero y subió a su cuarto; era el Marqués. Recibiole la tía con extraordinarias muestras de júbilo, llamó a su sobrina que se quedó sin color al presenciar tan inesperada visita.

-¿Ha descansado V., señorita? Preguntó el Marqués.

-Sí señor, gracias, apenas me cansé, no baile nada.

-Siempre hermosa y siempre esquiva, con quien tan bien os quiere.

-Señor, respeto y aprecio vuestro cariño, pero no es dado a mi honor admitirlo; entre los dos solo puede haber un amor criminal, permitidme pues que me retire.

La infeliz huía a toda costa de su enemigo, del perverso Marqués, con el cual no podría luchar sin quedar vencida.

Retirose pues a su cuarto a llorar la amargura de su infeliz situación; sus hermosos ojos negros arrasados en lágrimas, sus mejillas encendidas, y la expresión marcada de su dolor, hubieran enternecido a dos corazones menos perversos que los de Doña Tomasa y el Marqués; pero la mala educación en el uno, y el desenfreno en la otra, había gastado sus almas incapaces ya de sentimientos.

-Ya veis, Doña Tomasa, esta muchacha es montaraz, nada valen para ella los halagos, nada los obsequios.

-Poco conocéis a las mujeres, Marqués, ¿queríais que una muchacha inocente oyese con gusto vuestras palabras, la primera noche que os veía? Dejad al tiempo y a mi cuidado el trabajo de dulcificar esa fruta que tan amarga os parece.

-Contad siempre conmigo, con todo lo que poseo; es tal mi pasión que, en este momento, daría por ella... el mejor de mis caballos, cualquier cosa.

Cuan distante se hallaba la inocente Amalia de creer que su tía se ocupaba en la sala inmediata de su deshonra, mientras ella se hallaba entregada a los sinsabores de su amarga desgracia. Verse

querida del amante Julio, no poder aspirar a su amor, y en cambio ser perseguida por un hombre corrompido, que compraría su amor con oro, o lo cambiaría por uno de sus animales. Hay hombres peores que tigres, y que debieran solo habitar en el seno más espeso de los montes, y lo peor es que estos son los caballeros, los señores, los descendientes de los grandes hombres, ¡mísera humanidad! Y más que todo, mísera mujer entregada a estos buitres del honor; para ellos no hay más pasión ni más deber que sus deseos; su capricho es la soberana ley y todo debe ceder a su voz.

Se decidió la deshonra de Amalia, se estipuló como pudiera una vil mercancía y se señaló día para su entrega. La pluma se cae de la mano al tener que describir este atentando horrible. Fueron en vano las súplicas, las lágrimas y los ruegos, todo lo arrastra la sed del oro, la ambición hidrópica de las riquezas. Una mujer inmoral es peor que una hiena. Doña Tomasa hacía tiempo que había perdido esta prenda, que tanto diferencia a las mujeres de las fieras.

Varios días habían dejado de intento al lobo con el cordero, los halagos del Marqués habían sido rechazados con valor.

-Poco aprecias, Amalia, mis palabras, decía el Marqués, cuando apenas me contestáis.

-Señor, en vano pretende luchar el cordero inocente y cobarde con el lobo astuto y sagaz. Mis palabras sólo os daría motivo para nuevas súplicas que yo pretendo evitar. Tened compasión de esta infeliz mujer que no tiene otro amparo que su honor, y que en su desgracia, lo conservará ileso aunque en ello comprometiese su existencia; si pretendéis mi amor, yo os amaré si me abandonáis, y vuestra memoria quedará grabada en mi mente, y hasta podré adoraros recordando vuestra generosidad; pero por el contrario, si intentáis mi deshonra, sabed que sabré morir antes que ajar la buena memoria de mis padres; ellos velan por mi honor, y la venganza del cielo caerá sobre el monstruo que injurie la inocencia.

Afectaron al Marqués tanto estas palabras que por muchos días no le volvió a decir nada; pero había muchas cosas interesadas en

el deshonor de Amalia, la pasión del Marqués fuerte e irresistible y su honor o mejor dicho, su capricho, quedaba vencido en aquella lucha. Por otro lado la tía, interesada más que nadie y que veía escapársele la presa de las manos, hacía esfuerzos por asirla, y por último sucumbió la virtud al vicio y al dinero. Un medio violento fue bastante para conseguir los intentos del Marqués, y Doña Tomasa recibió el premio de su perfidia. El cielo ni aún siquiera dio muestras de enojo. Ese cielo tan justo, ese cielo tan favorable a la virtud, no dio en el momento señal de venganza; pero jamás queda impune el criminal, jamás el malvado deja de sufrir el castigo, antes quizás de lo que presumía. El cielo que nuestra débil razón no puede comprender, parece a veces injusto e ingrato, pero jamás deja impune los delitos. El criminal sufre la pena y el justo recibe el premio.

IV

El juramento

Cuando una pasión logra apoderarse completamente de un corazón, es imposible arrancarla de él; devora y consume cuanto se le presenta y queda siempre dueña absoluta de la imaginación, del pensamiento y de la voluntad. El desgraciado Julio había luchado en vano por largo tiempo contra el amor que profesaba a Amalia, pero incapaz de resistir a una pasión que le dominaba exclusivamente, se dejó llevar por último de ella y escribió a Amalia esta carta.

Querida Amalia: Sé que voy a molestarte con mis importunaciones, pero si por casualidad hubiese quedado en tu pecho algún resto de nuestro antiguo amor, te suplico por él me perdones este atrevimiento. Sé que te han obligado a olvidarme, pero no sé si tu corazón se ha podido prestar a ello, y en esta cruel incertidumbre no he podido resistir al deseo de saber tu suerte. Yo te amo más que nunca, y si te decides a unirte a mí, y hacer indisolubles y sagrados los lazos que ya formó el amor, mañana te depositaré y nos unirán en el ara. Es el único medio de que podamos ser felices.

Tu amante
Julio

Lágrimas de la más cruel desesperación corrieron por las mejillas de la desgraciada huérfana, al recibir un billete tan sentido del más fino y virtuoso de los amantes. Si antes se consideraba infeliz con su deshonra, ya viendo el amor puro de Julio, se creía la más desdichada del universo; la situación de Amalia era terrible, se hallaba sola en el mundo, cubierta con un padrón de infamia, escarnecida de la sociedad y burlada tal vez del mismo que tan vilmente la había deshonrado; el billete de Julio vino a completar su desgracia, su corazón sentía aún los amores de aquella primera llama amorosa, la más viva y la más inextinguible de todas, pero su pureza y su cariño le impedían corresponder ya a aquel amor. Afectada de sentimientos tan generosos y sensibles, tomó la pluma y contestó estos breves y sencillos renglones al enamorado Julio.

Querido Julio, único amante puro y virtuoso, tu Amalia, tu desgraciada Amalia, no puede ser ya tuya; su amor es puro, es ardiente, pero la suerte la condena a ofrecértelo manchado... sin honor... Así lo ha permitido la Providencia... ella sabrá vengarme; entre tanto yo no puedo hacer otra cosa que llorar amargamente mi deshonor, suplicándote compadezcas a esta infeliz mujer, que tanto te amó y que jamás su pecho podrá abrigar otro amor más que el tuyo.

La desgraciada huérfana
Amalia

Abundantes lágrimas brotaron de sus ojos al cerrar esta carta, expresión del amor más sincero y ardiente y del dolor más cruel.

Apenas recibió Julio el billete, portador de tan infausta nueva, pensó que sus ojos le engañaban, y quedó petrificado al reconocer la letra de su querida; su vista inquieta y dudosa repasaba con delirio frenético aquel papel, y su mano temblaba de coraje y de dolor. Tal vez alguna lágrima corrió por sus mejillas, pero lágrimas de fuego, que quemó su rostro aumentando el ardor de su alma.

No era Julio de aquellos hombres en los cuales los agravios envejecen sin amortiguarse, y en los que el rostro jamás retrata los sentimientos del corazón; era por lo contrario furioso y necesitaba desahogarse; tomó pues su espada y ciñéndosela exclamaba.

-¿Quién es el malvado? ¿Dónde se oculta el miserable? Los filos de mi espada le harán probar lo que puede el honor de un amante ultrajado... ¡Y vive el fementido[18]... y gozará tal vez una vida feliz mientras va sembrando por do quiera la deshonra!

Iba ya a salir poseído de este sentimiento y deseo de venganza, cuando fue detenido por el hermano de Amalia que entraba.

-Deteneos un poco, Julio, tengo que hablaros de cosas que sé os interesan mucho.

-Si venís a hablarme de vuestra hermana esperaré, sino dejadme primero cumplir con un deber sagrado, con un deber del alma, que si no cumpliese sería un continuo roedor de mi conciencia.

---

[18] Se dice de las personas perversas y malas así como de las de falta de fe y de palabra.

-Me figuro ya vuestro intento y quiero ayudaros en él; buscáis un hombre que os ha injuriado; ese mismo es el que yo busco; vos no le conocéis y yo lo conozco muy bien.

Los ojos de Julio brotaban fuego, sus nervios se contraían convulsivamente, y unas veces se encendía su rostro y otras tenía todas las apariencias de un demente. Un tanto apaciguado, pero sin desechar el pensamiento de venganza, prosiguió.

-Y bien, acabad, decidme su nombre, volemos juntos a vengar el honor de vuestra hermana, contra ese hombre de maldición.

-Se llama el Marqués de*** y en este momento se halla en casa de su prima la Condesa de S. Pill[19]; pero esperad y cumplamos antes con otro deber. ¿Vos estáis resuelto a batiros y matarlo o morir? Éste es el único desafío que cabe entre nosotros... Los ultrajes de esta especie sólo se lavan con la muerte.

-Sí, lo estoy, y es tanta mi ansiedad, que los momentos que pasan ahogan de cólera mi corazón dentro del pecho; concluid pronto.

-Pues jurad sobre esta espada su muerte; perezca el malvado sea con espada, sea con puñal, sea en buena lid, sea traidoramente, o hemos de morir los dos, o la sangre del vil seductor ha de manchar nuestros pies.

-Sí, lo juro por mi vida.

-Haceos cargo, Julio, del juramento que acabáis de prestar, pensad bien su importancia y no os acalore vuestra pasión. Por mi parte ya lo he pensado y estoy resuelto.

-No tengo que pensarlo más, o su muerte o la mía; los dos no cabemos ya en el mundo.

-Dadme la mano y sea ya ésta símbolo de nuestra unión; y pues estamos acordes, permitidme ahora usar las formalidades que estos actos exigen.

Tomó papel y escribió al Marqués el siguiente billete.

---

[19] Al contrario que con la identidad del Marqués, Villanueva sí optó por nominar a la prima de éste, la condesa, pero, por lo indagado, apellido nobiliario más que probablemente inventado. Meticulosamente analizado el texto, tal vez quisiera el autor jugar con el verbo ingles *spill*, que entre sus múltiples significados aparece *manchar*.

Si no sois tan cobardes como criminal, y si os jactáis de ser caballero, aunque vuestras acciones lo desmientan, esta noche, a las doce, os esperan fuera de la puerta de Segovia[20] *con espada, con pistola o con lo que gustéis.*
Los defensores de la inocente huérfana, que tan vilmente habéis deshonrado.
Julio. José.

-Mandad este billete a casa del Marqués, y preparaos para la hora designada. Tened valor y confiad en la justicia de vuestra causa.
-Cuando voy a cumplir un deber tan sagrado como éste, jamás me acuerdo sino de la venganza. Id pues seguro de que primero dejará el mundo de existir que mi espada de vibrar amenazando al malvado.
-Confío en vuestro valor, contad también conmigo.
-Hasta las doce, adiós.
-Hasta las doce.

[20] Edificación existente en la época de la novela, destruida la inicial poco después (1849). Era la salida de Madrid hacia Castilla y Extremadura, por lo tanto lugar extrarradio ideal para este tipo de litigios.

V

Los dos jóvenes

Pasó el día, vino la noche destinada para el duelo y apenas dieron las once tomó Julio sus espadas y se dirigió al sitio de la cita. La noche era oscura y tenebrosa, la luna desmayada parecía querer ocultar su vergüenza entre los espesos nubarrones que impelía la tempestad, y era tal la oscuridad de la noche que apenas se distinguían los bultos. Llegó Julio a la puerta de Segovia cuando daban las once y media, y embozado en su capa, daba vueltas por aquellos sitios y nada encontraba. Oye pisadas cerca de sí y una voz que le grita ¿quién va?, era la de José.

-¿No ha venido?

-No, pero aún no tarda.

-¿Traéis la espada?

-Sí, ¿y vos las pistolas?

-Sí, nada falta sino el infame.

-Tengo tanta sed de venganza que ya me impacienta tanto tardar. ¿Seréis vos mi padrino?

-No, vos lo seréis mío.

-No lo puedo permitir, la agraviada iba a ser mi esposa y a mí me toca defenderla; vos podéis, si yo muero, vengarnos a los dos.

-Creo tenemos el mismo derecho a la preferencia, por lo que la suerte decidirá según las armas que elija el Marqués, si con espada, seréis vos el primero, si con pistolas tendré yo esa suerte; pero no os olvidéis de nuestro juramento.

Mientras estaban en esta conversación, un hombre se acerca embozado hasta los ojos.

-¿Quién es?, pregunta José.

-Un criado del Marqués de***.

-¿No viene?

-Me ha encargado os dijera que no se bate sino con personas conocidas, y que vosotros no tendréis nombre cuando no habéis querido darlo; me dio además este papel para los dos.

-Decid a vuestro señor que, cuando se trata de vengar una injuria, el caballero, el noble y el hidalgo, es el que se presenta con semblante sereno, sea cual sea su enemigo; el cobarde, el imbécil y el plebeyo, es el que rehúsa vilmente la defensa y solo emplea

medios ruines y miserables para excusarse; pero decidle también que son en vano, y que mientras latan con violencia vengativa estos corazones, no estará seguro el cobarde ni en los salones más ocultos de su palacio. Esto le diréis de parte de los plebeyos al Marqués.

Recogió el billete José, y, dirigiéndose a Julio, exclamó: no os despechéis por este acontecimiento; fiad en Dios y en vuestro corazón; no os olvidéis del juramento que hemos hecho, y en el campo, en su casa, con espada, con puñal, de cualquier modo, cuando se trata de vengar un ultraje cometido con la más negra perfidia, todos los medios que se emplean son lícitos, todos son buenos.

-Advertirle esto a vuestro amo, y decidle que nada nos arredra, que nuestros nombres los sabrá cuando su espada se cruce con las nuestras, y que esto no tardará mucho en suceder.

Se retiraron los jóvenes llevando en el alma una honda huella del pesar que les había causado la contestación del Marqués.

El pobre Julio pasó la noche fatigosamente, sin poder un momento olvidar a su Amalia, a la virtuosa huérfana que tan inicuamente había sido sacrificada al oro de un poderoso. ¡Cuántas ideas vagaban por su imaginación en aquellos momentos!

-¿Qué será de la infeliz Amalia si perecemos los dos en el duelo? Sola en el mundo, sin amparo y expuesta al ludibrio[21] de las gentes que la señalarán como una mujer impúdica; sufrirá los más amargos disgustos su virtuoso corazón.

En estas tristes reflexiones pasó toda la noche que le parecía eterna. Al día siguiente vino José a su casa y le dio el billete que el criado del Marqués le había entregado, diciéndole.

-Lee, y admírate del que haya hombres de corazón tan corrompido, que escriban papeles tan inmundos como ese.

Leyó Julio el billete que decía así.

Me ha extrañado sobremanera que dos campeones se hayan presentado en el palenque a defender el honor de la pobre doncella, si expresar sus nombres, ni darme noticia del motivo que

[21] Mofa, escarnio.

tengan para tomar esta defensa; si es chasco de algún amigo, no se verá en el caso de reírse a mi costa haciéndome pasar un mal rato en la puerta de Segovia; si fuese ciertamente un desfacedor de agravios, le ruego que no se moleste enviándome billetes, que solo contestaré cuando traigan apellidos conocidos. Las personas de mi clase no se baten con incógnitos; Julio y José podrán ser dos caballeros, pero también podrán ser otra cualquier cosa; de cualquier modo, no es dado a mi honor dar satisfacciones a dos hombres que no conozco.

Acabó Julio de leer la carta y dirigiéndose a José exclamó.

-¡Aún no desprecia! ¡Aún osan sus criminales manos poner el sello del desprecio a los defensores de sus víctimas!

-Tened calma, y no haciendo caso de esos insultos, pensad solo en la venganza, y en el doble placer que reportaréis cuando veáis expirar a vuestros pies al monstruo, que después de profanar la inocencia, aún se atreve a insultar a sus defensores.

-En vano pretende burlarse de nosotros y de nuestros justo resentimientos; juro por mi honor no abandonar nuestra causa hasta lograr la más completa venganza.

-Haced que ese rencor no se acabe en vuestro pecho y confiad en la justicia del cielo.

Diferentes eran las inclinaciones, carácter e ideas de estos dos jóvenes a pesar de ser igual su resentimiento; Julio afable y cariñoso, pero colérico cuando se le ofendía, sin embargo jamás había podido alimentar en su pecho el más mínimo resentimiento. José, por lo contrario, era de alma dura, de corazón grande y de extraordinaria impasibilidad; ya dijimos en otro lugar que solo la educación pudo formar de él un hombre racional y sociable. Julio, violento en los primeros ímpetus de su cólera, hubiera cometido los más atroces crímenes por vengarse; José, por lo contrario, guardaba los resentimientos, y su corazón se ensanchaba más, cuanto más ponzoña recibía, sin otro objeto que su venganza, ni otro pensamiento que el modo de realizarla. Cada momento que pasaba se afirmaba más en su pecho este deseo, y cada insulto del Marqués encendía más en su corazón la abrasadora llama del rencor. Todas sus pasiones eran violentas, amaba con frenesí, y

aborrecía impetuosamente, pero tenía la cualidad de guardar en su pecho los deseos de su alma, y jamás en su rostro se manifestaban sus pasiones; era finalmente un hombre en quien *Lavattér*[22] hubiera perdido el tiempo, si hubiese tratado de estudiar su fisonomía.

[22] Gaspar Lavater. Pastor protestante judío, autor en el s. XVIII, de la ciencia de la Fisonomía.

VI

Efectos de una venganza

Dos hombres de caracteres tan opuestos se habían unido sin embargo, animados por un mismo deseo, ¡el de la venganza! José no descansaba, perseguía a su enemigo a todas horas, deseando hallar una ocasión en que poder, caballerosamente o vilmente, lograr su venganza, y ésta se le presentó muy pronto.

Un día que el Marqués salía de su casa solo y a pie, como pocas veces acostumbraba, se vio acometido por un hombre que le decía.

-Soy el hermano de la infeliz Amalia, de la inocente huérfana que tan vilmente habéis deshonrado; el mismo que os retó para las doce en la puerta de Segovia, y el que por fin va a lograr su venganza; un puñal os ofrezco y una espada, elegid. U os defendéis como caballero u os asesino como a un infame.

Atónito el Marqués con tan inesperado encuentro, tardó un momento en responderle, mas serenándose un poco, contestó.

-No es éste el sitio, caballero, de batirse, ni estoy preparado para ese lance.

-Yo no estoy en el caso de esperar a un hombre que ni tiene honor, ni palabra; elegid pues entre una muerte vil o una muerte honrosa; u os defendéis u os asesino; he jurado vengarme de vos, os he perseguido y no sería justo perder ahora una ocasión que tanto me ha costado. No nos separaremos esta noche sin que uno de los dos haya dejado de existir.

-Tened un poco de calma y no os ciegue la pasión; reflexionad bien lo que hacéis.

-Lo he reflexionado con tiempo y estoy decidido; no hablemos más y elegid.

El Marqués tuvo precisión de aceptar y marcharon juntos a un sitio retirado; allí tomó el Marqués una de las espadas, y sin más padrinos ni testigos, empezaron a batirse.

-Por fin se me logró lo que tanto ansiaba. Veremos si aquí sois tan valiente y diestro como os mostráis para seducir doncellas.

-Defendeos y no os ciegue la cólera, que aún tengo un brazo fuerte que me defienda.

-Bien manejáis la espada, pero será en vano, es mi causa el cielo y me bato con serenidad.

-No hagáis caso del cielo y pensad solo en el buen temple de vuestro acero y en vuestro valor.

Largo rato estuvo indecisa la victoria; un tajo qui dio José al Marqués en el brazo izquierdo hubiera tal vez puesto fin al combate, sino hubiera en él un empeño tan decidido.

-Si no podéis continuar, no quiero que digáis que os asesino; podremos dejarlo, pero quedáis citado para otro día, y cuidado como faltéis.

-Tengo aún fuerza para poder heriros, continuad.

La sangre corría del brazo izquierdo del Marqués, y las fuerzas se le acababan por instantes; toda la ventaja estaba pues de parte de José, pero una estocada finta[23], que éste no pudo evitar, le hizo arrojar la espada y quedar por tierra.

En balde fue la sed de una venganza tan justa, la justicia de su causa no pudo librar al desgraciado joven y revolcándose en la arena se le oían estas palabras.

-Aún puede vengarla Julio; el cielo le conceda mejor suerte y proteja a la inocente y desgraciada Amalia.

¡Mísera humanidad que para vengar tus ultrajes tienes que apelar a la veleidosa justicia de las armas! ¿Qué venganza tomó José del Marqués? ¿Le valió su justicia y su caballerosidad para vengarse ustamente del inocuo Marqués? Ultrajó éste a su hermana y la veleidad de la fortuna le hace a él mismo víctima de su rival. ¿Y dónde está la justicia de las lides? ¿Queremos volver a aquellos tiempos de fanáticas ideas en los cuales se creía que Dios protegía la inocencia en el palenque? ¡Pobre siglo XIX, si en tu ilustrada edad aún tiene cabida la institución más bárbara de los siglos medios! ¿Qué ilustración pretendes disputar a aquellos tiempos de estupidez y de ignorancia? Te mofas de los Quijotes y cada uno de tus hijos es un imitador tuyo. ¡Qué falta hacía en esta época un Cervantes que desterrase con el ridículo tan fantásticas ideas! He aquí los efectos del duelo, he aquí también los resultados de una venganza.

[23] Cierto movimiento de la espada.

Apenas vio el Marqués caer en tierra a su rival, tomó precipitadamente el camino de su casa, y, a poco tiempo, una silla de postas[24] le conducía a París.

[24] Conjunto de caballos prevenidos en los caminos, a ciertas distancias, para viajar con celeridad renovándolos.

VII

La expiación

En tanto que esto pasaba, la infeliz Amalia que ignoraba todos estos sucesos, había extrañado la ausencia de su hermano, la del Marqués, y le hacía penar la extraordinaria conducta de su amante.

-Ya no querrá verme, decía, ¡su amor se habrá secado con el dolor que sin duda le ha causado mi deshonra! ¡Infeliz! Tal vez habré hecho desgraciado a ese joven virtuoso... ¡Infeliz y desgraciada huérfana!

Sus ojos se arrasaban en lágrimas, tiernos y profundos suspiros exhalaba su pecho, y no hallaba la mano cariñosa de una madre, de un tierno esposo, de un hermano querido, que enjugase su llanto y que la consolase en su desgracia; sola, y sola con su dolor, su existencia se consumía al recuerdo de sus infortunios; semejante a una tierna flor nacida al ocaso entre las malezas de los montes, o a una oveja perdida en medio de los bosques donde habitan las fieras, la infeliz Amalia no veía a su lado más que a su cruel y fementida tía.

Doña Tomasa, la infame Doña Tomasa, que había observado la desaparición del Marqués, creyendo se hubiese cansado ya de sus visitas, y de la terquedad de su sobrina, empezó a despojarla de los vestidos y alhajas que con motivo de sus criminales designios la había enriquecido, la trataba con ceño, y más de una vez le echó en cara su desgraciada situación y los muchos favores que le debía.

No se había contentado esta mujer infernal con sacrificar a su ambición el honor de su sobrina, sino que cuando creyó que no podría ser útil, la trató con desprecio y humilladamente; pero el cielo que vela por la inocencia privó bien presto a la desgraciada Amalia de esta tía abominable, haciéndola perecer en medio de la más terrible agonía. Hacía tiempo que Doña Tomasa, efecto de su vida disipada y corrompida, padecía unos dolores reumáticos tan fuertes que cuando la acometían quedaba sin poder moverse y como mortal; estos dolores se fueron agravando por momentos, y concluyeron por último con su miserable vida ayudados de otros achaques y dolencias. Quince días de la más espantosa agonía sufrió Doña Tomasa antes de expirar; los más horribles dolores atormentaban su cuerpo y, el eco de su conciencia, que le

recordaba sus enormes crímenes, le hacía prorrumpir en gritos desesperados y atroces.

-Yo no quiero estar aquí, que me levanten, que me lleven, gritaba con furor.

Amalia, que a pesar de la conducta infame de su tía, se dolía de sus quebrantos, le prodigaba los más tiernos cuidados, y nunca se apartaba de su lado, la consolaba diciéndole.

-Calmaos, querida tía, no estáis tan mala que peligre vuestra vida, poned vuestra confianza en Dios, dirigidle vuestras súplicas, y veréis como mitiga vuestros dolores; yo le ruego por vuestra salud a toda horas y espero que oirá mis plegarias.

Estas afectuosas demostraciones, y estas palabras consoladoras, hubieran tranquilizado a un alma menos perversa que la de Doña Tomasa; pero el corazón de esta mujer infernal, destrozado por los remordimientos e impregnado con el pestífero aliento de los vicios, solo sentía horrorosos martirios, último fruto de una vida relajada e irreligiosa: con los ojos desencajados dirigía sus siniestras miradas alrededor de su lecho, y todo lo que veía le recordaba sus crímenes y maldades. Tendida en su cama la infeliz Doña Tomasa, tenía su muerte todo el horroroso aspecto de la del réprobo[25], que tan bien supo representarnos un célebre artista extranjero[26]. En vano pretendía levantarse, los dolores más agudos e irresistibles la agobiaban, y en balde el miedo y el horror que le causaba la idea de otra vida, y el temor a la severidad del Juez eterno, luchaban contra el interés terrenal y mundano; desesperada por último, después de tan angustiosos padeceres, expiró en medio de los más crueles dolores.

La infeliz Amalia, a pesar de su justo resentimiento, derramó abundantes lágrimas sobre el lecho de muerte de su tía, y pidió, al Todo Poderoso, con fervientes súplicas, por la paz eterna de Doña Tomasa.

Con su muerte quedó Amalia sola en el universo, sin auxilios, sin apoyo, y sin persona alguna que la compadeciese en su

---

[25] Condenado a las penas eternas.

[26] Probablemente se refiera el autor a Jerome van Aaken, conocido como "El Bosco" (1450-1516) y su cuadro "La muerte de los Réprobos".

desgracia; jamás ha habido en el mundo situación más infeliz que la de la inocente y virtuosa huérfana, y a no poseer un corazón tan puro, bien pronto hubiera cedido a las instigaciones de los vicios; pero su alma era incapaz de cometer la menor falta. En tan crítica situación redújose a lo más necesario para vivir, vendió todos sus vestidos, todas sus alhajas y todos sus muebles, solo con el objeto de vivir virtuosa.

-¿De qué me sirven, decía, estos objetos que fueron algún día el adorno de mi belleza, si esta belleza está ya marchita, y esta flor se secó en lo más florido de su vida? Si ya no puedo ofrecer ilusiones al único amante mío, ¿de qué me sirve la hermosura? Julio, querido Julio, ¿qué ha sido de ti? ¿Por qué has olvidado a tu desgraciada Amalia? ¡Ah!, tal vez tu amor se haya apagado... tal vez... ¡Dios mío, que horrible pensamiento!... ¿Y mi hermano?... Tampoco aparece... ¿Si habrán perecido los dos por vengarme? ¡Infeliz Amalia! Naciste desgraciada y has de apurar hasta las heces[27] la copa del dolor.

La aparición del Marqués dio a entender a Amalia el resultado de esta idea; acababa de dejar la silla de postas que le había traído y quiso antes de todo visitar a Amalia y ofrecerle su protección; había sabido de la muerte de su tía y conocía el desamparo en que se encontraría la inocente huérfana.

-¡Ah! Ya sé lo que me anuncia vuestra visita; no habéis tenido bastante con mi deshonor, y me habéis también robado a Julio, a mi único amante.

-Amalia, no conozco a ese caballero, y os juro que no hubiese cometido el horrible atentado que hoy me confunde, si a ello no me hubiesen obligado.

-Explicaos, por Dios, Marqués. ¿Vive Julio? Decídmelo... Pero habláis de atentado... ¿Tal vez mi hermano...? ¡Santo Dios!

Un silencio profundo fue la contestación del Marqués.

-Sí, él fue la víctima, en vuestro rostro veo estampado el crimen... Y ¿no os temblaba la mano al secundar vuestro delito?... Y, ¿el cielo no vengó tanto ultraje? ¿Y sucumbió la inocencia? ¡Qué horror!... ¡Hermano mío... querido hermano!

---

[27] Aquí *residuos*.

-Calmad vuestro dolor, Amalia, yo procuraré endulzar la amargura de vuestra situación, ya que he sido la causa de todos vuestros infortunios.

-Gracias, señor Marqués, volvedme los tesoros que me habéis robado y guardad para vos las riquezas; volvedme mi hermano y mi honor, y sed generosos con quien consienta cambiar su virtud por vuestro oro; ¿qué genio de maldición os ha conducido ante mi vista? Vos habéis sido la causa de todas mis desgracias. Huid, huid de mi presencia y que jamás vuelva a veros; huid, que me horroriza vuestra voz y me estremece vuestro semblante.

-No pretendo, señora, como otras veces, parecer amable a vuestros ojos, sólo deseo socorrer vuestras necesidades ya que ha sido por mi mal la causa de vuestras aflicciones.

-Os lo agradezco, Marqués... sois demasiado compasivo... gracias, gracias.

En vano fueron los ruegos del Marqués, y viéndose precisado a no verla más, le envió con un criado el dinero que creyó necesario para que pudiese vivir con decencia.

Había el Marqués dejado París persuadido que nada tendría ya ue temer; la justicia después de muchas investigaciones no pudo egar a saber nada acerca de la desgraciada muerte de José, y, por otra parte, muerto éste, nada podía temer el Marqués de los defensores de Amalia; no abrigando su alma ningún temor, creyó justo volverse y proteger la orfandad de la desdichada huérfana.

Era el Marqués de corazón bondadoso, justo y magnánimo, de carácter dulce y apacible, y no hubiera sido mal ciudadano si la perversa educación que recibió no hubiera corrompido su buena índole. Acostumbrado desde pequeño a satisfacer sus más livianos caprichos, le era insoportable la idea de no poseer lo que una vez deseaba; acostumbrado también desde joven a mandar despóticamente, quería que todos los que veía y trataba fueran súbditos suyos y manejarlos a su antojo. Con una educación tan relajada es imposible formar un hombre de honor, virtuoso y caballero; de modo que el Marqués, que hubiera sido un hombre racional y caballeroso si hubiese nacido en una clase menos elevada, fue el más perverso y de peores costumbres por haber nacido de una de las primeras familias de España. He aquí los resultados de una viciosa educación.

VIII

El reto

Creía el Marqués que nada debía temer por la muerte de José, nadie sospechaba de él y la justicia había buscado en vano al criminal; por otra parte, muerto el hermano de Amalia, ningún otro defensor se presentaría; todas estas ideas borraron de su alma los temores, y se paseaba tranquilo por Madrid, si tranquilo y sin zozobra puede encontrarse alguna vez el criminal. Ignoraba el Marqués que otro hombre había jurado su muerte, y que ansiaba a toda costa poder logar su venganza.

Julio, desde que supo la muerte de José, no perdió de vista un momento al Marqués; le persiguió en París, en el camino y por último en Madrid. Teniendo siempre presente la injuria de su amada, su juramento, y la muerte de su hermano, sólo esperaba una ocasión en que poder lograr su completa venganza, cumpliendo así su sagrado juramento. Varios días se pasaron sin que pudiese avistarse con su enemigo, y ya estaba decidido a buscarlo en su misma casa, cuando una casualidad le hizo variar de resolución. Un día que el Marqués salía de casa de su prima, la Condesa de S. Pill, donde asistía con frecuencia, se acercó a él Julio, y con toda la nobleza que abrigaba su corazón, le dijo.

-Señor Marqués, para un asunto que a los dos interesa, quisiera hablaros a solas. El Marqués, sorprendido con tan extraña demanda, contestó.

-Caballero, no tengo el honor de conoceros, y por lo tanto no puedo daros audiencia secreta.

-Para el asunto que debemos tratar, no hace falta nombre; además soy honrado y nada podéis temer de mí, ni en público ni a solas.

-Os creo de buena fe; mas si no os causa molestia, podéis decírmelo ahora, o por escrito cuando gustéis.

-¿Os acordáis de una cita a que no quisisteis asistir en la puerta de Segovia? ¿Os acordáis del infeliz José?

-Callad, callad, por Dios, podrían oírnos; esta noche a las diez os espero en mi casa y en ella hablaremos.

-No me hagáis esperar como otras veces; yo por mi parte no faltaré. Adiós, Marqués, hasta las diez.

-Adiós, hasta la noche.

Todo el día estuvo el Marqués inquieto con tan extraordinaria aventura; formaba en su mente mil conjeturas sobre el suceso, y ora creía fuese alguno que casualmente pudo enterarse de su desafío con José, ora algún otro pariente de Amalia que quisiese vengarla; de cualquier modo era preciso ver a aquel hombre, examinar la causa de su visita y el motivo que tenía para exigir de él una entrevista secreta.

Llegó la hora de la cita y el caballero no aparecía; ya creía el Marqués que no tendría que volver a recordar los desagradables sucesos que habían ocurrido y que tan cuidadoso lo ponían, cuando a poco se presenta en la sala el para él desconocido.

-¿Temíais ya que no apareciese y estabais inquieto porque os figurabais que me hubiese olvidado de la cita?

-No tal, esperaba con impaciencia porque deseaba conoceros y saber cómo habéis podido adquirir las noticias que me insinuasteis.

-¿No me conocéis, señor Marqués? Yo hace tiempo que tengo el disgusto de conoceros, y ojala que jamás hubiese tenido precisión de veros; pero cada día que ha pasado me habéis obligado más con vuestros atentados a apresurar esta visita.

-Os suplico que antes de hablar nada, me digáis vuestro nombre, y qué casualidad os ha hecho dueño de mi secreto.

-Poca memoria tenéis Marqués, ¿no os acordáis que eran dos los que os citan para la puerta de Segovia? ¿No os acordáis, también, que dos eran también los firmantes del billete que os entregaron? Uno de ellos se llamaba José, hermano de Amalia, el otro Julio y era su amante, el amante que ella había elegido y que fue despedido a causa de vuestras pretensiones, que ofrecían, sino más virtud, más amor y más dicha, más oro al menos para la tía, y esto bastaba a sus intentos. Ahora creo no dudaréis el objeto de mi venida.

-Comprendo muy bien ya vuestra idea; pero habéis sido poco cauto para lograr vuestros intentos; estoy en mi casa y podría con mucha facilidad deshacerme de vos; mas no temáis, solo quiero aconsejaros y haceros renunciar la defensa de una causa que no podéis ganar.

-Deliráis, señor Marqués, creéis que un corazón que solo respira venganza ¿no precave las asechanzas de su enemigo? Estamos

solos, pero vos no sabéis que antes que os movieseis de esa silla para llamar a vuestros criados, ya habríais perecido al fuego de esta pistola; en cuanto a renunciar a la defensa de Amalia y a la venganza que tan de veras ansía mi corazón, ¿podéis desechar ese pensamiento? Pensad mejor en poneros bien con Dios y en salvar vuestra alma, que por cierto necesitará grandes esfuerzos para lograrlo. Un solo día os doy de tregua para ello, mañana uno de los dos habrá dejado de existir.

-Os empeñáis en ello. ¿Queréis obligarme a cometer otro crimen? ¿Queréis dejar eternamente huérfana a la pobre Amalia?

Mucha fuerza hizo en Julio esa reflexión y casi estuvo por ceder de su intento; pero volviendo sobre sí, y recordando su juramento, contestó con resolución.

-He jurado vengar la deshonra de Amalia, la sangre inocente de su hermano están aún impune y este deber es sagrado. Excusemos pues más palabras y elegid sitio, armas y hora.

-No os haré esperar mucho, os he querido volver a la razón, pero puesto que son en vano mis reflexiones, acepto vuestro duelo en los términos que gustéis.

-Entre nosotros, señor Marqués, no puede haber duelo sino a muerte.

-Pues bien, mañana a las doce de la noche, junto a la puerta de Segovia. Quiero se cumpla hoy lo que los dos deseabais.

-¿Armas?

-La pistola.

-¿Iréis solo?

-Sí, ¿vos lo mismo?

-No tengo quien me acompañe, ni lo quiero.

-Hasta mañana.

-Hasta las doce.

Pensativo se quedó el Marqués al ver la energía y resolución del joven Julio; creyó que la causa de Amalia era del cielo, y que en vano lucharía contra ella; si este muere, otro se presentará y tendré que sucumbir o asesinar la mitad de mis semejantes. Casi deseaba la muerte; su conciencia le recordaba sus crímenes y se compadecía de la infeliz Amalia; maldecía a la cómplice de su delito, se arrepentía de lo pérfido de su conducta, y lágrimas de

arrepentimiento brotaban de sus ojos. Había recibido una lección terrible, una lección que le había hecho conocer la extraviada senda porque caminaba; si el Marqués hubiese empezado a vivir entonces, hubiera sido el hombre más virtuoso del mundo; conocía ya la amargura de los vicios y hubiera huido de ellos, como que había tocado sus escabrosidades.

Pensando en la eternidad y en el éxito dudoso que pudiera tener el duelo, preparose para morir, y después de haber arreglado todos sus papeles, se dispuso para la salida.

Cuan amargo y terrible es para el hombre que se ha dejado dominar por las pasiones, ver cerca su postrero y aciago fin; sus mismos extravíos son el cáncer que devora su alma, se le presentan en todas partes como los delatores de sus crímenes, y le hacen libar los más acerbos remordimientos. El Marqués había corrido sin freno por el terreno desvalido de las pasiones, y ya no le era dado retroceder. Ya no había qué pensar ni era tiempo de meditar, y convencido de lo terrible de su suerte, tomó de la mesa unos papeles, cogió las pistolas, y después de haber orado un rato a una efigie de María, que tenía en su habitación, se dirigió con paso lento y corazón arrepentido al lugar de la cita. A las afueras de la puerta de Segovia.

Mil veces pensó en disuadir a Julio de su intento; mas le aterraba la firmeza, la justicia con que defendía su causa este joven virtuoso, y no se atrevía a indicarle nada.

-Todo cuanto le diga será inútil, su corazón es virtuoso y será mártir primero que ceder a mis deseos. Está resuelto... cúmplanse los decretos de la Providencia.

IX

El duelo, el arrepentimiento y el perdón

La noche era oscura y tenebrosa, la luna alumbraba con desmayo, y su hoguera macilenta y débil, era apagada a cada paso por los pardos nubarrones que se interponían; dieron las doce y un silencio sepulcral reinaba en las afueras de la puerta de Segovia: ni hombres, ni animales, ni ningún otro ser viviente interrumpía el lóbrego silencio de aquellos sitios: parecía que la naturaleza se había empeñado en cubrir de tinieblas el lugar donde se iba a juzgar por segunda y última vez la causa de la inocencia ultrajada. El cielo había permitido la muerte del primero de sus defensores, del desgraciado José, y ahora iba a presenciar el segundo combate.

Todo era misterioso en aquel sitio: la oscuridad del cielo, el silencio de la noche y el huracán que movía con violencia las copas de los árboles, todo daba apariencia terrible a aquellos solitarios lugares. Las pisadas de un hombre que se acercaba, vinieron a interrumpir aquella calma siniestra. Venía embozado en una larga capa, y su paso indicaba la calma de su corazón.

-Creí llegar tarde, pero veo que aún es tiempo. Este fue el sitio de la otra cita, aquí estaba conmigo José... aquí su voz me animaba... ¡Infeliz! Pereció a pesar de ser su causa tan justa, tan sagrada... Mas aún hay quien pueda vengarlo y vengar a su hermana; esta sola idea me alienta, pero... si llego a perecer... ¡Infeliz Amalia!... sola, sin amparo de nadie, ¿qué será de esa pobre joven? El cielo la amparará; yo habré cumplido con mi deber, y desde mi sepulcro pediré por su suerte y porque haya un brazo que la vengue de su seductor. ¡Querido hermano, hoy se va a cumplir nuestro juramento!

Oyose a poco ruido, y se distinguió al punto un hombre que se acercaba.

-¿Quién es?, pregunto Julio.

-Sin duda el que esperáis.

-Sí. ¿persistís en vuestro empeño? ¿No habrá nada que os detenga?

-Estoy resuelto, lo he jurado, y son en balde todas vuestras palabras. ¿Venís preparado?

-Sí.

-Pues no perdamos tiempo, elegid las pistolas.
-Tengo antes que daros un encargo, Julio, encargo que quiero que cumpláis con fidelidad.

Sacó el Marqués un pliego y se lo entregó diciéndole.

-La suerte de las armas es dudosa, podría morir sin descargar mi conciencia, y quiero precaverme antes; si perezco en el duelo prometedme entregar ese pliego a la inocente Amalia; no os acordéis de que soy vuestro enemigo, y ofrecedme cumplir con este encargo; el cielo premiará vuestra generosidad, ya que yo no pueda recompensarla.
-Cumpliré fielmente vuestros deseos. ¿Tenéis más que decir?
-No
-Pues no perdamos tiempo; cargad las pistolas. ¿A cuantos pasos?
-A veinte.
-Para morir hasta doce.

Contó Julio los pasos, tomaron las pistolas y se colocaron en us puestos.

-¿Estáis[28] preparado?
-Sí.
-Pues a la tercera: una... dos... tres... Dos tiros se oyeron casi al mismo tiempo, uno había roto el brazo izquierdo a Julio, el otro había tirado en tierra al Marqués.
-Acercose a él Julio; una herida mortal había recibido en el costado izquierdo, y se hallaba empapado en sangre, que corría en abundancia de la herida; al acercarse Julio hizo algunos esfuerzos, y reconociéndole le dirigió con voz débil estas palabras.
-Sé que voy a dejar de existir, y en este cruel momento quisiera reparar las injurias que os he hecho; pero ya que no puedo volver a Amalia su honor ileso y su querido hermano, dadle en mi nombre el papel que os entregué antes del duelo, es mi última voluntad. Si su virtuoso corazón se niega a aceptar esta demostración de mi arrepentimiento, rogadle vos, Julio, rogadle por mí como yo os ruego ahora; decidle que en los últimos umbrales del sepulcro lloraba mis culpas, y que imploraba su perdón, su perdón que

[28] *Habéis* en la edición de la prensa.

necesitaba mi alma para su descanso eterno, y su sensible pecho no se negará. Y vos Julio, si los resentimientos que abriga vuestro corazón no pasan más allá de la tumba, tendedme una mano cariñosa, y endulzad la amargura de mi muerte, concediéndome un perdón generoso.

-He abrigado contra vos los más fuertes resentimientos, pero en este instante os compadezco y os perdono de todo corazón.

-Gracias, Julio... os doy... las gracias... en nombre del Eterno... que premiará... tanta virtud.

El Marqués expiró. Julio recogió todas las cosas que pudieran descubrir el duelo, y después de haber derramado algunas lágrimas sobre el cadáver del desdichado Marqués, pensando en los errores y desgracias a que nos conduce el desenfreno de las pasiones, se dirigió con su pliego a casa de Amalia.

Más de dos años hacía que Julio no entraba en casa de su querida, y en esta ocasión latía violentamente su corazón, al pasc que temblaba de júbilo y amor; tenía que cumplir la postrer voluntad del Marqués, pero ignoraba si sería bien recibida su visit. después de tanto tiempo de ausencia, y este temor le detenía, pero la gravedad del asunto le decidió, y entró resuelto en la habitación de Amalia.

Hallábase la virtuosa huérfana en su lecho, cuando vinieron a avisarle que un hombre con mucho empeño quería hablarle a aquellas horas.

-¿Os ha dicho el nombre?, preguntó Amalia.

-Dijo que se llamaba Julio.

-Que entre, que entre, repuso Amalia con todo el ardor de la pasión que aún abrasaba su alma.

Empezó a vestirse con precipitación, y a poco salió de la sala donde ya le esperaba su amante.

-¿Julio, sois vos? Exclamó con el acento más amoroso. ¡Ah!, perdonad una sorpresa tan justa.

-Amalia, no he querido veros hasta poderos ofrecer una prueba de mi amor, vuestra presencia habría lastimado más mi alma, y nada hubiera conseguido con veros.

-No intento pediros cuenta de vuestra conducta, respeto mucho vuestro proceder, y no tengo derecho a reprenderos.

-Dejad por ahora esas exigencias que tanto halagan mi alma, y escuchadme un momento: antes de todo tengo que cumplir con un deber de mucha importancia. Vengo a entregaros este papel, que un hombre moribundo acaba de poner en mis manos; este deber sagrado, porque es de un hombre que expiró, me ha decidido a presentarme a vuestra vista; no miréis en mí más que el mensajero de ese pliego, y el que en nombre del desdichado Marqués, viene a pediros perdón.

-¿El Marqués ha muerto?

-Sí, el Marqués de*** acaba de expirar en este momento, y me ha entregado este papel para vos. El cielo ha amparado vuestra causa, y el asesino de vuestro hermano y de vuestro honor ha perecido.

-Pero, ¿quién le ha muerto? Ah, ya lo comprendo todo, vos habéis sido mi defensor, me habéis vengado; ¿con qué podré pagaros tan alto sacrificio?

-Amalia, era un deber mío, deber que yo bajo juramento me obligué a cumplir; nada pues tenéis que agradecerme.

-¡Siempre grande y siempre generoso! Yo que os creía muerto u olvidado de esta triste huérfana, os veo ahora vengador de mi honor y de la muerte de un hermano querido... ¡ah, contad siempre con mi eterno cariño!

-Acepto con gusto vuestra promesa, para mí de más valor que todo el universo; pero yo no he cumplido aún todo el deber de mi misión: os demando el más sincero perdón para el difunto Marqués; otórgaselo Amalia, yo os lo suplico en nombre de lo que más amáis.

-Jamás he abrigado resentimiento alguno, aún para con las personas a quienes he debido la amargura de mi situación; no hablemos más de él y abramos este pliego, tal vez se arrepienta y pida perdón de sus errores.

Abrió Amalia el pliego que contenía el testamento del Marqués y una carta concebida en estos términos.

Sé que no puedo volveros lo que tan inicuamente os he robado, y que ni mi arrepentimiento, ni mis súplicas fervientes al Todo Poderoso, podrán ya alcanzar nada, pero he querido antes de dejar el mundo, daros una prueba de mi arrepentimiento y de mi

dolor. Os nombro mi única heredera; aceptad Amalia este nombramiento, yo os lo suplico, y solo os pido me perdonéis para que mi alma pueda gozar con vuestro perdón la mansión celeste.

Acompañaba a esta carta el testamento del Marqués, en el que dejaba todos sus cuantiosos bienes libres[29] a Amalia, suplicándola al mismo tiempo invirtiese en misas por su alma las cantidades que juzgase necesarias.

Concluida la lectura de estos documentos, Julio, que hasta entonces había sufrido los dolores de sus herida, pidió a Amalia, con voz débil y abatida, le permitiese ligársela[30]; trajo Amalia unas vendas, y después de curarle con mucho cuidado el brazo, roció la herida con un poco de espíritu de vino[31]. Concluida esta operación, Julio manifestó la necesidad que tenía de marchar al punto fuera de la corte. Esta separación costó a la joven muchas lágrimas, pero era precisa y Amalia se resignó.

-Antes de marcharos, dijo ésta, quiero exigir de vos una prueba más.

-Mandad Amalia lo que gustéis.

-Para quien tanto ha hecho por mí, será corto el sacrificio que le pido; admitid esta sortija, que he llevado desde niña, como la única prueba que puedo daros de cariño; tiene para mí recuerdos muy gratos: ¡es el regalo de mi querida madre!

Al decir esto Amalia derramó algunas lágrimas y besó con entusiasmo al objeto, que recuerdos tan gratos traía a su memoria. Julio la recibió con toda la efusión de un corazón amante, y después de besar la mano de su querida, se despidieron los dos jóvenes llorando amargamente tan cruel separación.

-¿No volveré a veros?

-El cielo lo sabe, Amalia.

---

[29] Aquéllos de los que se puede disponer en cantidades ilimitadas y que se pueden consumir, sin necesidad de tener que pagar precio por ellos.

[30] Entiéndase como la acción de inmovilizarle el brazo, evitando así el uso actual del término.

[31] Alcohol etílico.

X[32]

Generosidad y amor

Al día siguiente de estos sucesos la justicia recogió el cadáver del Marqués, y examinando sus vestidos hallaron una carta, que decía.

He muerto en un duelo, al cual he dado causa. Mi muerte ha sido castigo del cielo, por lo mismo es mi voluntad que a mi matador no se le imponga ninguna pena si delito hubiese en este hecho, yo soy el delincuente.
*Estos son mis deseos, esta es la voluntad del Marqués de***.*

La justicia con estas declaraciones no hizo pesquisas ni más averiguaciones. Abierto el testamento del Marqués, fue reconocida Amalia por su única heredera en todos sus bienes libres, y ésta se encargó de los funerales y demás cargas.
Así terminó su vida este ilustre vástago de una noble familia, cuyos ascendientes murieron gloriosamente defendiendo la independencia de su patria y la corona de su Rey.

Fatales resultados de una viciosa educación, puede decirse que el nombre y título de Marqués, fueron la causa de sus errores, y el lector que haya leído hasta este punto, compadecerá sin duda a un hombre dotado de los mejores sentimientos, pero cuyo corazón se hallaba corrompido con el aliento impuro de la lisonja y de las adulaciones. Quiso reparar sus faltas, escuchó los gritos de su conciencia, pero ya era tarde.

Pasó Amalia del estado más desgraciado y humilde, al más opulento y elevado: señora de inmensos bienes y de pingües rentas, se halló desde luego adulada de todos los cortesanos, y las personas de la culta sociedad se apresuraron a visitarla y a ofrecerle sus casas y personas, como es costumbre. Nadie se había acordado de Amalia mientras fue pobre; ahora que la veían en un alto puesto la adulaban, la obsequiaban y tenían siempre a su lado una infinidad de adoradores.

---

[32] En el "Semanario Pintoresco Español" aparece equivocada la numeración de este último capítulo, figurando como capítulo VIII.

Aunque ajada por la multitud de desgracias y sinsabores que le habían rodeado, conservaba aún Amalia su natural belleza, su candor y su dulzura; era su semblante afable, su cuerpo esbelto, y la tez de su rostro tenía aún parte de su primitivo color y belleza; era una mujer hermosa, en la que el sello del dolor más amargo se había estampado, y en la cual el dolor de la desgracias había marchitado algunas bellezas, pero que aún conservaba hermosura suficiente para inspirar amor y cariño. Por esta causa no había mozalbete presumido, ni elegante cortesano, que no aspirase a su mano y a su amor, pero ella, que en su corazón abrigaba aún la pasión, que había sido su encanto primero, desdeñaba a estos nuevos adoradores, en lo que no veía otra cosa que el mezquino interés y la cortesana lisonja. ¡Cuán cierto es que no hay amor más puro y más entrañable que el que primero afecta nuestras almas! La sensible Amalia suspiraba aún en medio de tanta dicha por Julio, y sin embargo Julio, desde que le entregó el pliego del Marqués, no había vuelto a verla. Este disgusto la entristecía, y queriendo saber la causa de la extraordinaria conducta de su amante, le mandó llamar a su casa; presentose éste a Amalia y le habló de este modo.

Sin pretender pediros cuenta de vuestra conducta para conmigo, y si el amor que un tiempo me tuvisteis desapareció o existe aún en vuestro pecho, os he mandado llamar solo para que me digáis, si os he dado motivo para que de ese modo os olvidéis de mí. Desde el día en que me presentasteis el pliego del Marqués no he vuelto a veros, y en verdad que no sé la causa de tan extraña conducta.

Julio, afectando mucho respecto, contestó: he creído, señora, desde que os vi y os amé por la vez primera, que todo lo que soy y hasta mi propia tranquilidad debía exponer y sacrificar por vuestra felicidad: por esta causa dejé de visitar vuestra casa así que me lo insinuaron; por lo mismo y cumpliendo con el deber de amante y de amante ultrajado, seguí al Marqués hasta lograr vuestra venganza y la mía, cumplí después con el deber que él me impuso, y he creído ahora injuriar con mi pobreza y mi clase el esplendor y dignidad de la vuestra; por esto he rehusado visitaros, y estad segura de que si vuestra completa felicidad dependiese de mi existencia, la daría gustoso solo por veros feliz.

-¡Habéis creído injuriar el esplendor y dignidad de mi nueva clase! ¿Os burláis, Julio? ¿Queréis darme a entender que he podido olvidar mi nacimiento y mi fortuna? Pues sabed que, aunque rodeada de placeres y de goces, no he podido resistir el deseo de veros... ¿Para qué negarlo? Sabéis muy bien lo mucho que os he amado, sabéis que vos os habéis granjeado mi cariño, pues bien, solo vuestro amor ha sido mi delicia, y si con gusto dierais la existencia por mi felicidad, yo no puedo ser feliz sin vos; un deber de amor y de gratitud me obliga a ello, y ya que no aceptéis mi mano, no me neguéis al menos el consuelo de veros.
-Un sacrificio me pedís, Amalia, que es para mí más terrible que la muerte: si hubierais sido desgraciada huérfana, yo hubiera unido mi suerte a la vuestra y hubiera sido dichoso; sois rica y vuestro corazón no debe pertenecer ya sino a uno que pueda reunir a un corazón puro y amante, el oro, los honores y las riquezas; yo os suplico pues me perdonéis, dispensándome de asistir a vuestra casa, en la que tal vez sufriría desaires mi honor, y se ajaría mi delicadeza; dejadme vivir en la miseria donde he nacido, allí rogaré al Todo Poderoso por vos, porque os conceda una vida próspera, feliz y venturosa.
-¿Hubieras aceptado mi mano en la orfandad y en el infortunio? Bien está. Esperad.
Amalia se acercó a una mesa y escribió...

*Amalia, heredera de los bienes del Marqués de***, hago renuncia de ello a facto de la casa de Expósitos*[33].

-Elegid ahora entre la mano de Amalia opulenta, y la de Amalia infeliz.

---

[33] Niños abandonados por sus padres a la puerta de hogares particulares o instituciones, generalmente religiosas. Precisamente, D. Luis Villanueva, aceptó a uno de estos, depositado en la puerta de su domicilio. Documento manuscrito: "*El día 20, a las diez de la noche, fue expuesto en la ventana de mi casa, dentro de una espuerta y vestido con pañal de lino crudo, manilla de baveta, camisa, chambra y gorro. Ha sido bautizado el 22 con el nombre de Antonio C. Parece como de tres días nacido. Se le han hecho de linos tres trajes completos nuevos y dos pañuelos de abrigo. Barcarrota, 23 de enero de 1882. Luis Villanueva* (firma). *Lo está lactando la mujer de Román García Mahugo.*"

-¡Corazón generoso y magnánimo, dechado de virtudes y de cariño, amante sincera, constante y fiel! ¿Por qué puse yo en dudas tu amor? ¡Ah!, el aliento pestífero del mundo no ha podido manchar tu alma angelical, perdona bien mío si he puesto a prueba tu corazón.

-Julio, nada tengo que hacer sino admitir tu nobleza, yo sería la más fementida de las mujeres, sino despreciase todo por ti; dispón cuanto gustes de mis bienes, de mi vida, sé tú dueño absoluto de todo, dispón de ello a tu antojo; si me quieres desgraciada, pobre, que no sean las riquezas la causa de nuestra separación. Todo os lo debo, la vida, el honor; te eligió mi corazón para esposo y sólo seré feliz logrando esta dicha.

-Sí, querida mía, el lazo que formó el amor más puro e inocente, lo fortalecerán los sagrados vínculos de la religión; sí, Amalia, nos unirá el santo lazo del himeneo[31], y viviremos felices el uno para el otro; pero rasga ese papel que solo ha servido para probar tu cariño; dejaremos esta corte e iremos a establecernos en París. La culta sociedad hablaría mucho de nuestra unión y tal vez nuevos disgustos podrían entristecer nuestros días; en París viviremos aislados y pensando solo en nuestros días, en ese amor fuente de todos los placeres cuando es inocente y puro, en el amor que han abrigado nuestros corazones durante tanto tiempo, y cuya ardiente llama no se apagará jamás. Sí, querida mía, no se dilatará nuestra unión. Adiós, Amalia. Adiós, querida esposa, hasta mañana.

-Adiós, Julio, soy la más dichosa del mundo.

Julio estrechó entre sus brazos, enajenado de placer, a la hermosa y cándida Amalia, tanto tiempo objeto de su amor y cuya posesión iba a lograr en breve; lágrimas de placer brotaban de sus ojos al contemplar el rostro encantador de su querida. Amalia, por su parte, sentía latir con violencia su corazón, y se entregaba con júbilo a la más extraordinaria alegría. Esta es la felicidad, esta es la dicha, estos son los placeres de la tierra.

---

[31] Boda, casamiento.

Conclusión

Al día siguiente, preparado todo con el mayor sigilo, se desposaron Julio y Amalia en el oratorio del palacio. Los dos esposos tomaron después el camino de París y se establecieron en una hermosa quinta[35], que a poca distancia de aquella capital poseía el difunto Marqués.

La gente de tono[36] habló mucho de lo extraordinario del suceso, y fueron Amalia y Julio por mucho tiempo el objeto de las conversaciones y de la burla de los presumidos mozalbetes de la corte, a quienes Amalia había desairado; pero en tanto ellos vivían felices y aislados de la sociedad, y despreciaban las ridículas bachillerías[37] de los cortesanos. El amor más puro los había unido desde jóvenes, y eran verdaderamente felices con su amor; sin falacia ni afectación se manifestaban lo afectuoso de sus corazones y solo vivían el uno para el otro.

Algunos hijos, fruto de este dichoso matrimonio, acabaron de completar la felicidad de estos dos esposos. Amalia y Julio, después de una serie tan continuada de desgracias y sinsabores, lograron al fin de este modo ser felices, si es que la felicidad se logra alguna vez en la tierra.

FIN

[35] En Francia, *casa de campo*.

[36] Gente de clase elevada.

[37] Murmuraciones.

1150

ANIVERSARIO

Hernando de Soto

AYUNTAMIENTO
DE BARCARROTA